

Selección



CLARK CARRADOS

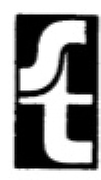
LA CASA DEL GIGANTE

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

CLARK CARRADOS

LA CASA DEL GIGANTE

Colección SELECCION TERROR n.º 443
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

438 — *Memorias de un monstruo*, Curtis Garland.
439 — *La mansión de los locos*, Ada Coretti.
440 — *Juegos de cementerio*, Lou Carrigan.
441 — *Tratamiento diabólico*, Clifford Hilton.
442 — *Las brujas de Woodsville*, Adam Surray.

CAPITULO PRIMERO

La noche era inclemente. Fuera soplaba el viento y la lluvia azotaba los cristales de las ventanas de El Cisne y la Rosa. El salón de la posada estaba caldeado por los troncos que ardían alegremente en la gran chimenea. A un lado, se veía el mostrador, atendido en aquellos momentos por Alvin Carrón, propiedad del local.

Había un par de clientes junto a la barra. Cuatro o cinco más bebían sendas jarras de cerveza en torno a una mesa. Wendy Millgate, la sirvienta, entró unos momentos; habló con el dueño y luego se volvió, para servir la cena a los dos únicos huéspedes que había en la posada.

La puerta se abrió de pronto y un hombre apareció en el umbral, acompañado de una fría racha de viento y un roción de agua. Alguien gruñó enojadamente.

—Pasa de una maldita vez, Dathon Waske —dijo el gruñón—. ¿O es que pretendes helarnos?

Waske no le hizo caso. Era un hombre bajo, muy fornido, de ojos azules y mentón saliente. Tranquilamente, cerró la puerta y luego se sacudió las gotas de agua que cubrían prácticamente todo su impermeable.

Con paso mesurado, se acercó al mostrador.

—Sírveme un doble, Alvin —pidió.

—Claro, Dathan.

Uno de los que estaban en torno a la mesa levantó el brazo.

—Has tardado un poco, Dathon.

— Unos minutos más o menos, cuando se trata de un asunto que dura ya diez largos años, poco importan. —Waske cogió su vaso y se acera a la mesa, tomando pequeños sorbos a cada paso—. Lo que interesa es la unión. Si lo conseguimos. habremos ganado la batalla.

—Hay un pequeño inconveniente, Dathon —dijo uno—. El dueño. Murió hace un par de años. Aún no ha aparecido el heredero.

—Y el viejo nunca quiso vender —añadió otro—. ¿Por qué iba a hacerlo ahora su heredero, si es que se encuentra?

Waske puso un pie encima de un taburete y se apoyó en la rodilla.

—Más problema todavía es el tipo que vive ahora en Frankapton House. Si él se marchase, el abogado quizá podría arrendarnos a nosotros las tierras, en tanto aparece el heredero y entablamos negociaciones para la compra.

—Bueno, si se pudiera expulsar al inquilino...

—Lo veo muy difícil —manifestó otro—. Hace tiempo estuve en Londres y hablé con el abogado. Los papeles están absolutamente en regla y no ha hecho nada que permita la rescisión del contrato.

—Alguna forma tiene que haber para conseguirlo —insistió Waske.
—Sí. pero ¿cuál? —preguntó alguien.
Otro de los contertulios levantó la mano.
—Dathon, perdona, pero creo que hay un pequeño detalle que no has mencionado.
--¿Sí, Darrell Mahonny?
Mahonny frotó el índice y el pulgar con gesto significativo.
—Sí, te entiendo —dijo Waske—. El dinero que hemos ido reuniendo a lo largo de estos años, no es suficiente. Sin embargo, con un contrato de arrendamiento en forma, el Ministerio de Agricultura nos haría un préstamo a largo plazo y a muy bajo interés. Pero tenemos que ir allí, con el contrato en la mano o no soltaran un penique.
Mike Billings. otro de los contertulios, meneó la cabeza.
—Es una empresa imposible —dijo—. No lo conseguiremos nunca, Dathon. No vale la pena soñar con algo que no será nuestro jamás.
Waske, furioso, golpeó la mesa con el puño.
-¡Pues yo no pienso parar un solo momento hasta que lo haya conseguido! —exclamó enérgicamente—. Esas tierras pueden ser la salvación del pueblo y, si fracasamos, ya podemos empezar a liar el petate y largarnos de aquí para siempre.
Hubo un momento de silencio. De pronto, sonó la voz de Wendy. fresca y clara:
—¿Con qué abogado piensan discutir el problema?
—Con Scabourgh, naturalmente —respondió Waske. De pronto, se dio cuenta de que había dado una respuesta instintiva—, ¿A ti qué demonios te importa, tonta entrometida?

Wendy se atusó la cabellera con gesto malicioso. Los senos. rotundos, se levantaron y casi rebosaron el amplio escote de su blusa.
—Será un poco difícil —rió—. ¡Como no vaya al otro mundo para hablar con él!
—Pero ¿qué estás diciendo, muchacha? —barbotó Waske.
—Míster Scabourgh ha fallecido hoy, a mediodía. No hace ni media hora me lo dijo la señora Prisby, el ama de llaves del inquilino de Frankapton House.
Wendy recogió una bandeja del mostrador, giró desenvueltamente y se volvió al comedor de la posada. Waske aparecía desconcertado y daba la sensación de no saber articular una sola palabra.
Repentinamente, en medio de los silbidos del viento y del crepitar de la lluvia contra los vidrios de la ventana, se oyó una potente voz:
—¡Waske! ¡Dathon Waske! Sal un momento, quiero hablar contigo...
La voz se oía en el exterior y penetró en la posada con ecos retumbantes. Todos los presentes miraron instintivamente hacia la puerta.

Waske vaciló un poco. Luego se separó de la mesa.
—No sé quién diablos puede ser, pero... ¿por qué no entra él aqui?
Cruzó la sala, seguido por las miradas de todos los presentes, asió el tirador y abrió de golpe.
—¿Es una burla? —gritó—. No veo a nadie...
—Estoy aquí —dijo el desconocido—. Acércate un poco más.
—¡Acércate tú, diablos, quienquiera que seas! Hace una noche de perros y no tengo ganas de atrapar una pulmonía, conversando a la intemperie —respondió Waske de mal talante.
De pronto, una forma confusa se movió en la oscuridad. Avanzaba lentamente y, en un par de segundos más. se hizo visible.
Waske ahogó un grito de terror. Todos los presentes se sintieron espantados.

De súbito, aquel ser bajó su mano derecha con terrible potencia. Se oyó un horrendo chasquido. Waske dio un tremendo salto hacia atrás y cayó de espaldas, con el cráneo abierto por el fenomenal puñetazo.

Luego, el gigantesco individuo dio media vuelta y, lentamente, sin mostrar ninguna prisa, se perdió en las tinieblas, en medio del viento y de la lluvia que no cesaban un solo momento.
Alguien supo reaccionar y saltó hacia la puerta, cerrándola de golpe.
Adelantado el torso sobre el mostrador, Carrón contemplaba el horrible espectáculo que ofrecía Waske, con la cabeza literalmente abierta por el fenomenal golpe recibido.

Uno se tapó los ojos con las manos. Mike Billings. lentamente. se puso en pie y murmuró:
—Dios, ¿será cierto que el gigante ha revivido?
Nadie le contestó. El pánico era la nota dominante. Todavía, sin embargo, había muchos que dudaban de lo que habían visto en unos pocos instantes.
Lo único cierto era el cadáver de Dathon Waske, que yacía en medio de un lago de sangre.
* * *
Ralph Cahill contempló unos segundos a la hermosa muchacha que tenía frente a sí y que se hallaba sentada, con el bolso sobre el regazo. Se llamaba Violeta Dunbar y hacia solamente un par de días que había llegado desde el otro lado del Atlántico.

La secretaria le había expuesto brevemente los deseos de la visitante. Ahora, Cahill esperaba concerlos con más detalle.

—Señor Cahill. soy la heredera de Ben Sharphane, según documentos que lo prueban y parte de los cuales fueron remitidos por

el difunto señor Scabourgh, abogado de mi tio Ben. Aunque éste dejó un testamento, en el momento de su muerte, ignoraba todavía el paradero de sus más próximos parientes, es decir, su hermana Débora y yo, su hija. Bien, el caso es que Scabourgh nos localizó, notificó la muerte de tío Ben y nos participó que podíamos, previa presentación de las pruebas pertinentes, hacernos cargo de la herencia. En resumen, eso es todo, señor Cahill.

—No podía haberse explicado mejor, con menos palabras, señorita Dunbar —sonrió el abogado—. Sin embargo, me parece que ignora la triste circunstancia de la muerte del señor Scabourgh, acaecida hace tan sólo un par de semanas.
—No lo sabía, en efecto —contestó Violeta—. Pero éste es su bufete, si la dirección que había en el membrete de sus cartas no me ha engañado.
—Es su bufete, en efecto, y yo soy el que se ha hecho cargo de todos sus asuntos, a petición de su viuda. Hace algunos años trabajé junto a Scabourgh, hasta que pude independizarme. Al morir éste, la señora Scabourgh me pidió que me hiciera cargo de todos sus casos. Sin embargo, es algo provisional, puesto que sólo debo seguir con los asuntos pendientes, sin admitir uno solo más. Después, naturalmente, regresaré a mi despacho...
—¿Sin tomar en consideración mi caso? —se asustó la joven.
—Bueno, no sé qué decirle...
—Es un asunto pendiente, señor Cahill. El difunto señor Scabourgh esperaba la visita de mi madre, pero está gravemente enferma y yo he venido en su lugar insisto, poseo documentos...
—No lo dudo en absoluto, señorita Dunbar. De todas formas, debo decirle que estoy en absoluto ignorante de los problemas que puede plantear la herencia del difunto señor Sharphane.
—¿Quiere eso decir que no va a considerar mi caso?
—Por favor —rogó Cahill—. Entiéndame, señorita. Lo que he querido decir es que no sé nada de la herencia del señor Sharphane. Por tanto, creo mi deber informarme de sus circunstancias, antes de darle una respuesa en un sentido u otro.
—La herencia consiste en una casa, dos mil hectáreas de terreno y algunos cientos de libras en el banco de Londres. Fíü muy bien detallado en el testamento y yo traigo poderes notariales. otorgados por mi madre, para representarla legalmente en todos los inconvenientes que el caso pueda plantear. Cahill sonrió.
— Usa usted una terminología forense muy apropiada al caso, señorita Dunbar - elogió.
Violeta sonrio también.
—Vera, hasta hace poco, he estado empleada en un despacho de

abogados muy importante de Boston. Algo se pega siempre, ¿no?
— Indudablemente —admitió Cahill con jovial acento—. Señorita, ¿por qué no me deja usted los documentos, para que yo los estudie, junto con la carpeta de su tío?
Fila abrió el bolso.
— Fotocopias -anunció-- Les originales están guardados en la caja fuerte de un banco.
—Una precaución muy importante. --Cahill tomó un gran sobre y lo dejó a un lado de la mesa--. ¿Me concede veinticuatro horas para su examen?
—Por supuesto. Sin embargo, quiero que sepa una cosa, señor Cahill. Tanto mi madre como yo estamos dispuestas a vender la propiedad. No nos interesa convertirnos en terratenientes, comprendo.
—Dos mil hectáreas de terreno no encuentran comprador tan fácilmente —objetó él.
— Bueno, hemos vivido siempre sin esas tierras de modo que podemos esperar todavía algún tiempo más, hasta que surja el comprador que ofrezca una suma convincente. Abogado, no sabe cuánto celebro haberle conocido —dijo Violeta. ya en pie. a la vez que le tendía la mano.
—El placer ha sido mío. señorita Dunbar —contestó Cahil.

Era una muchacha encantadora, vivaz y resuelta, pensó Cahil al quedarse solo. Y aquella misma noche, se sumió en el estudio del caso y. cuando supo el nombre del pueblo en que estaba situada la propiedad, recordó que pocos días antes se había cometido allí un crimen misterioso.

Pero eso era cosa de la policía, se dijo. Lo suyo era procurar que Violeta recibiese su herencia.
No tardó mucho, sin embargo, en saber que si bien la señora Dunbar y su hija serían consideradas como herederas de Ben Sharphane, cosa relativamente fácil, no lo tendrían tan sencillo cuando quisieran vender la propiedad.

CAPITULO II

—El problema estriba en que hay un inquilino en Frankapton House y que no quiere marcharse y al que, además, no se le puede echar.

Violeta miró incrédulamente a su interlocutor. Habían pasado cuarenta y ocho horas, en lugar de las veinticuatro solicitadas por Cahill, tiempo que éste había considerado necesario para profundizar aún más en el tema.
—Hay fórmulas legales, ¿no? —dijo, sorprendida.
—Las hay, pero no en este caso —contestó Cahill.
—¿Por qué?
—Tengo las copias del contrato establecido por su difunto tío con el actual inquilino. Es un contrato algo raro, aunque perfectamente legal. En él se establece que el arrendatario podrá seguir viviendo en Frankapton House, mientras pague puntualmente el importe del alquiler, importe que se incrementará en un diez por ciento cada dos años. Debo decir que, hasta ahora, el inquilino ha sido puntual en sus pagos.
—Pero habrá causas que permitan...
—Ninguna, señorita, lamento tener que decírselo. Las cláusulas del contrato, aunque poco usuales, son, sin embargo, de una claridad meridiana. En resumen, jurídicamente inatacables. Mientras el inquilino lo desee, podrá seguir ocupando Frankapton House.

— Bueno, pero se puede vendar y que pague la renta al nuevo propietario...
—Tampoco. El contrato especifica que el arrendatario seguirá en su disfrute dé sus derechos mientras viva. Sólo se le podiía expulsar por impago de la renta, pero están los recibos del Banco que prueban la puntualidad en esos pagos.
......Nos vamos a divertir —se lamentó Violeta--. ¿Cuánto
paga de renta al año, señor Cahill?
—Dos mil cuatrocientas libras, señorita.
—¡Espere, abogado! Quizá no pueda vender la casa, pero sí las tierras...
—El contrato establece que tanto la casa como la tierra forman parte indivisa de una misma entidad legal. En resumen, su tío alquiló la casa y las tierras.
Violeta resopló.

-Una casa y dos mil hectareas de terreno... por doscientas miserables libras al mes

¿ Estaba loco mi tio en aceptar semejante contrato ?

— Lo habría turnado por un penique anua! > nadie habría podido objetarlo - -respondió Cnhili.
Ella cruzó las piernas y apoyó la cara en una mano.
— Empiezo a pensar que he cruzado el charco en balde —dijo—. Abogado, durante mis años en aquella oficina he visto contratos que me parecieron redactados por marcianos, pero éste supera a todo lo imaginable.
—Lo siento - sonrió Cahill—. No puedo hacer más por usted, señorita, salvo confirmarla en sus derechos de posesión de la herencia y procurar el cambio de titular en la cuenta corriente deí Banco.
-—Algo es algo —murmuró Violeta con cierta sorna—. Por lo menos, a mi tío no se le ocurrió alquilar también sus billetes.
Cahill se echó a reír.

—No habría hecho mal negocio, si los hubiese alquilado al ciento cinco por ciento —dijo jovialmente.
—Nadie alquila el dinero, sólo cosas... Oiga, ¿qué le parecería si yo me fuese a Dunkapton y viese personalmente al inquilino? Tal vez podría convencerle de que dejase libre la propiedad o, por lo menos, redactar un nuevo contrato.
—No seria mala idea, en efecto. El inquilino se llama Homer P. Quelbs, pero ignoro qué clase de persona es. Sólo puedo garantizar su puntualidad en los pagos.
—Doscientas libras mensuales, ni siquiera quinientos dólares, por dos mil hectáreas, casi cinco mil acres, más una casa... ¡Es un precio «tirado»!, señor Cahill.
— Estoy de acuerdo con usted, señorita —respondió el abogado—. Y, repito, su idea de visitar a Quelbs me parece excelente. Ahora, ¿me permite una pregunta?
-—Por supuesto.
—¿Está sola en Londres?
Ella le miró oblicuamente.
—-Apuesto diez a uno a que me invita a cenar.
—Si la apuesta se refiere a una invitación con trasfondo malicioso, la perderá. Esa invitación se entiende en mi casa, y en compañía de mis padres —sonrió Cahill.
—Magnífico —aceptó ella—. ¿A qué hora?
—Yo pasaré por su hotel a recogerla. Esté lista alrededor de las seis treinta.
—De acuerdo. Chóquela, señor Cahill.
El joven sonrió ante el juvenil entusiasmo que mostraba Violeta. La acompañó hasta la puerta del despacho y luego se sentó, para enfrascarse de nuevo en su labor.

Sin embargo, había algo que le preocupaba. ¿Por qué el difunto Ben Sharphane había firmado un contrato tan absurdo con Quelbs?

Podía admitirse, si el precio de! arrendamiento hubiera sido mucho más elevado. Pero sólo por doscientas libras mensuales...
Pero no tardó en volver al trabajo. Tenía muchas cosas que hacer y quería despachar cuanto antes.

La cena resultó excelente y la velada con los padres de Cahill, deliciosa. Violeta declaró que nunca había disfrutado tamo como hasta aquellos momentos.

Luego se suscitó el tema de la herencia. El padre de Cahill, hombre de negocios, pero también abogado, mostró no menor extrañeza por los términos del contrato.
—Según mi modesta opinión, el arrendatario debería pagar mensualmente, por lo menos, lo que paga al cabo del año. No comprendo cómo el difunto Sharphane pudo aceptar un contrato tan perjudicial.
—Papá —dijo el joven—, yo no conocía a Sharphane ni tenía siquiera noticia de la existencia de un pueblo llamado Dunkapton, hasta que la señorita Dunbar aterrizó en Heatrow. Estoy de acuerdo contigo en que es un contrato injusto y que. por dicho motivo, es preciso intentar mejorarlo.
—Yo haré primero un viaje de exploración —intervino Violeta— Hablaré con Quelbs según sus respuestas, tomaré una decisión. Espero que el señor Cahill. hijo, me represente, si es preciso llegar a los tribunales.
—Con mucho gusto —accedió el joven—. ¿Cuándo piensa partir para Dunkapton?
—En cuanto pueda disponer de la cuenta bancaria. —Violeta se sonrojó—, A decir verdad, mis fondos no me permiten demasiados dispendios...

—Nosotros podríamos ayudarla, en caso necesario —se ofreció Cahill padre.
—No hará falta, papá. Creo que en menos de dos días; ella podrá firmar cheques. Hasta unas mil libras esterlinas, según creo recordar.
De pronto, Violeta frunció el ceño.
—¿Cuánto tiempo lleva Quelbs en Frankapton House? —preguntó.
—Oh, unos cinco o seis años, me parece.
— Pongamos cinco años. En todo ese tiempo, ¿sólo han quedado mil libras en la cuenta de mi tío. Recuerde, no tiene fondos en otro banco.
Cahill se mostró también extrañado por aquella ciscuns-tancia.
—Quizá su tío tuvo gastos de los que no sabemos nada —apuntó.

— En cinco años debería haber seis mil libras esterlinas. Tío Ben vivía en Frankapton House y. según tengo entendido, sus gastos eran mínimos. Cuando pueda ir al banco, investigaré ese punto —declaró Violeta resueltamente.
La señora Cahill empezó a servir el café y los licores.
—Hijo, ¿por qué no acompañas tú a esta linda muchacha en su viaje a Dunkapton? Ella es forastera... no digo extranjera, porque no la consideramos así. pero no conoce bien el pais...
—Mamá, tengo un trabajo imponente —se la lamentó el joven—. Por complacer a la señora Scabourgh he abandonado mis propios asuntos. Dunkapton está a más de cuatrocientas millas y tendría que perder un par de días, que necesito aquí absolutamente.
—¡No se preocupen por mí! —exclamó Violeta, con su desenvoltura habitual—. Para mí será una especie de aventura y tendré mucho que contar cuando regrese a Boston.
—Pero vendrá a visitarme cuando regrese de Dunkapton
y veremos entonces qué se puede hacer con el contrato —dijo el joven.
—Se lo prometo. Ralph. Es decir, si me permite...
—No faltaría más —sonrió Cahill.
Luego acompañó a la muchacha hasta el hotel. Ella le dio la mano al despedirse.
—Ha sido una velada que no olvidaré jamás. Tiene usted unos padres estupendos. Ralph. Sinceramente, le envidio.
—Gracias. Violeta. Lo diré así cuando vuelva a casa.
—Buenas noches.
—Buenas noches.
Dos días más tarde. Violeta fue el banco, convertida ya en titular de la cuenta corriente, que ya era suya. Entonces, se le ocurrió una idea y, aunque el empleado opuso alguna resistencia, ella supo vencerla sin dificultad.
—Jovencito —dijo con gran desparpajo—, conozco perfectamente mis derechos y ahora mismo hará usted lo que le he pedido o haré que me anuncien al director. Sé que esto le va a costas a usted algo de tiempo, pero le pagan precisamente por eso. A la que no pagan un penique es a la computadora que va a consultar inmediatamente y que le hará en un minuto el trabajo que. en otros tiempos le habría costado tal vez una jornada entera.

Chasqueó los dedos y señaló hacia el interior de las oficinas.
—Andando, buen mozo —concluyó.

Un cuarto de hora más tarde, Violeta tenía en las manos una serie de hojas, cuyo contenido examinó atentamente en su habitación del hotel. Al terminar, se puso muy furiosa.

—¡Grandísimo bandido...!
Tras unos segundos de vacilación, fue al teléfono y marcó un número.
—Ralph —dijo poco después—, ya sé por qué hay poco dinero en la cuenta.
—¿Algún gasto especial?
— Algunos —puntualizo ella con ironia;.
--. Tío Ben efectivamente, ingresaba todos los años el cheque por las dos mil cuatrocientas libras de renta. Pero al día siguiente, firmaba otro por importe de dos mil doscientas ochenta libras... y ese cheque, ¿adivina usted a qué cuenta iba a parar
--Oiga, no irá a decirme que...
—Sí, se lo digo. en realidad, lo que mi tío cobraba reamente de renta eran diez libras al mes.
—Aquí debe de haber algo muy raro. Violeta. Procure ser prudente cuando hable con Quelbs No se excite innecesariamente, ¿comprende?
—Pero no puedo quedarme callada —alegó la muchacha.
—Ni se lo recomiendo. Sólo quiero que sea... diplomática.
— De acuerdo. Ralph. Ahora mismo iré a alquilar un coche. Partiré mañana a primera hora. Deséeme buen viaje. por favor.

—-Se lo deseo de todo corazón. Tanto como las buenas noticias que me gustaría trajese a su vuelta -

—Gracias. Reinh. es usted un excelente chico

Violeta colgó el teléfono y se pellizcó el labio inferior pensativamente.- ¿Por qué razón su tío tenía que pagar dos mil doscientas ochenta libras al inquilino, apenas recibida la renta de dos mil cuatrocientas?
Tenia por delante un viaje de cuatrocientas millas y lo sabría al final de dicho viaje.

CAPITULO III

El pueblo era pequeño y aunque ofrecía detalles de estar bien cuidado, resultaba evidente que su vida era más bien lánguida. Los vecinos de Dunkapton. pensó Violeta, no tenían demasiadas perspectivas y ello tampoco parecía preocuparles demasiado

Sentíase un poco cansada, después de tan largo viaje. No estaba acostumbrada a cubrir tanta distancia en una sola etapa, por lo que había tenido que realizar varias paradas. Ya anochecía cuando, al fin detuvo e! vehículo ante la muestra de hierro que colgaba de un saliente del mismo metal.

Le gustó el nombre de la posada: El Cisne Y la Rosa. Abrió la portezuela y una racha de aire frío le dio en el rostro. Arriba, en el cielo, corrían, ventrudas y amenazadoras. unas nubes que parecían ir a reventar en cualquier momento y arrojar cataratas de agua sobre la tierra.

Empujó la puerta. Al otro lado del mostrador, una joven de rosadas mejillas la miró con curiosidad.

—Buenas tardes —saludó Violeta—. ¿O debo decir buenas noches?

Wendy Millgate sonrió.

—Ya es lo más apropiado, señora —contestó—. ¿.Puedo servirla en algo?

Violeta suspiró.

—Habitación y cena, si las hay.

—Por supuesto, señora. Soy Wendy Millgate. la sirvienta. ¿Tiene la bondad de firmar en el libro?

La forastera se acercó y escribió su nombre. Wendy sonrió.

—iré a subir su equipaje y encenderé el fuego. ¿Querrá cenar en el comedor o prefiere que le sirva en su habitación?

—¿Qué me aconseja usted, Wendy?

—Francamente, por ahora, es usted el único huésped. Le subiré la cena a su cuarto, señora.

—Soy soltera —indicó Violeta.

--Ya me parecía a mí... —Wendy se echó a reír mientras salía del mostrador—. Pero de este modo, no se cometen errores.

—Claro.

Salieron a la calle para que Wendy pudiera coger el escaso equipaje que la forastera había llevado consigo.

Si me deja las llaves del coche, lo llevaré luego al cobertizo que hay en la parte de atrás. Esta noche amenaza lluvia.

—Muchas gracias. Wendy. es usted muy amable.

Minutos más tarde, Violeta estaba instalada en su habitación. grande, confortable, en la que ya ardía un alegre fuego en la chimenea. Después de asearse, encendió un cigarrillo.

La lluvia tamborileaba ya en los cristales. Fumando pensativamente. se acercó a la ventana. Le pareció ver a lo lejos una chispa de luz, pero caía demasiada agua para tener la seguridad de que no había sido una ilusión.
Abajo, en el vestíbulo. Alvin Carrón se acercó al libro de registro y leyó la reciente inscripción: Violeta Dunbar, de Boston, U.S. A.
— Una americana en Dunkapton —murmuró.
—Se le nota en el acento —dijo Wendy a sus espaldas.
Carrón se volvió hacia la criada.
—¿Tú la has visto?
—Hombre.., La he atendido... Luego le serviré la cena en su cuarto. Es muy guapa, aunque no ha dicho por qué una chica nacida a miles de kilómetros tiene que pernoctar hoy en la posada...
Carrón meditó unos instantes. Luego movió la cabeza afirmativamente.
—Creo que ya lo sé —dijo al cabo—. La hermana de Ben Sharphanc emigro a Estados Unidos hace muchísimos años. La joven tiene que ser su hija, lo cual significa que es la actual propietaria de Frankapton Elouse.

Carrón dio media vuelta y descolgó el impermeable del perchero que había junto a la puerta.
— Wendy No le digas nada a La señorita .....ordenó—. Ya voy a av¡sar a los otros, para que sepan que el dueño de Frankapton House ha llegado por fin.
Wendy soltó una risita.
— Al inquilino lo va a sentar como una cataplasma de mostaza en las posaderas - dijo burlonamente.

Había terminado de cenar y se relajó, sintiéndose invadída por una dulce languidez. Ahora la lluvia caía mansamente y el suave murmullo resultaba incluso agradable, sobre todo. si se escucha!» junto a! calor de los troncos que ardían en ei hogar.
Casi se adormiló, sintiéndose muy alejada de ene mundo. De pronto, se sobresalió a! oír los apipes de unos nudillos en la puerta.
—Adelante - dijo.
La puerta se abrió. Atónita. Violeta divisó a vanos individuos en ei pasillo, de iras de otro que llevaba un mandil ata.tio en torno a la cintura.
--Dispense que la moleste, señorita Dunba; —manifestó el que encabezaba la comitiva--. Soy Ahin Carrón, dueño de la posada. Si me lo permitiese, le presentaría a los miembros del consejo municipal de Dunkapton, quienes desean hablar con usted acerca de un asunto de suma importancia.
Violeta se puso en pie, con la sonrisa en los labios, a la vez que hacía

un ademán con el brazo izquierdo.
— Pasen, por favor —invitó—, aunque, desde luego, no me imagino los motivos que tiene el consejo municipal para venir a visitarme en pleno.

-Lo sabrá en seguida, señorita -contestó Carrón- Por favor permítame … -empezó a recitar nombres-. Muir McOwid, alcalde en sustitución del anterior, Fallecido hace poco tiempo. Booth Mcthanna, concejal... Darrell Mahonny, Mike Bilhngs... Falta otro concejal quien no ha podido venir, por hallarse en cama, acatarrado, pero que ha manifestado estar de acuerdo con sus compañeros Y naturalmente, yo también soy concejal -concluyó el dueño de la posada
Violeta se sentía muy intrigada. -Hablen, por favor -rogó-. ¿De qué se trata' , Vera. -dijo McOwid-. Nosotros... -Bruscamente se volvió hacia Carron
- Diablos- Alvin -yo no sé exprésame . El cargo de alcalde no garantiza la facilidad de palabra

—Empiezo a preocuparme, caballeros. ¿Es algo grave para mi? -preguntó la muchacha, un tanto inquieta
-Oh, no, en absoluto -repuso Carrón-, .Hemos de suponer que es usted la hija de Debora Dunbar, hermana de Ben Sharphane

Las cejas de Violeta se alzaron.
—Sí, lo soy —admitió.
-Entonces, su madre es la dueña de Frankapton House
-Lo es, aunque yo tengo plenos poderes suyos para actuar en la herencia. ¿Algo más, señor Carrón?
-Ahora viene lo más interesante, señorita Desearíamos saber que proyectos tienen ustedes con respecto a la propidad No tome a mal nuestra curiosidad; para el porvenir de Dunkapton puede resultar muy interesante.
—Bueno, en principio, pienso vender...

Violeta captó sonrisas de satisfacción y hasta alguna exclamación de alegria
—De modo que quiere vender —dijo Carrón. —Así es —confirmó ella.
¿ Sabe que el pueblo esta dispuesto a hacerle una interesante oferta por la propiedad?

—No. Lo ignoraba hasta este momento
-Durante años, hemos ido reuniendo un fondo común
—explicó McOwid—. No llega ni de lejos al precio que calculamos debe tener Frankapton, pero sabemos que el Ministerio de Agricultura nos haría un préstamo para la explotación de las tierras.

—Si decide vender, estamos dispuestos a darle una cantidad como opción de compra —añadió Carrón.

Violeta meneó la cabeza.
—Les veo muy ilusionados y lamento infinito tener que disipar sus esperanzas. Sí, quiero vender, pero el contrato confirmado por mi tío lo impide. No vayan a creer que soy una tonta; aunque en Boston trabajo en una importante firma de abogados, he consultado también con uno en Londres y el resultado es que, siendo la dueña de Frankapton, no puedo disponer de la propiedad.
—Pero eso es absurdo... —protestaron algunos.
—Yo también lo estimo así. Créanme, nada me gustada más que vender. Mi madre no se encuentra en condiciones de viajar; sufrió un grave accidente hace algunas semanas y todavía tendrá que permanecer en rehabilitación varios meses. Ella también desea vender... pero el contrato que firmó tío Ben nos ata de pies y manos.
—Sin duda, habrá algún medio de cancelar ese contrato —supuso Carrón.
—Si lo hubiese, ya habría venido mi abogado, para tratar de los términos de la venta. No; lo siento muchísimo, porque si ustedes se creen perjudicados, ¿qué puedo decir yo, que sólo debo percibir dos mil cuatrocientas libras anuales como renta por dos mil hectáreas de terreno y una casa?

Había decepción en los rostros de los visitantes. Violeta sintió una vivía simpatía hacia ellos.
—Si puedo hacer algo más por ustedes...
—Gracias, señorita —dijo el alcalde—. Al menos, usted ha mostrado comprensión y nos ha escuchado, cosa que no se puede decir del inquilino de Frankapton House.
—Si está aquí, es que piensa ir a verlo —adivinó Carrón.
—En efecto. Ya que no puedo vender, al menos quiero mejorar las condiciones del arrendamiento. ¿Qué clase de individuo es el inquilino?

Carrón vaciló un momento. Luego dijo:
—Será mejor que no le diga nada. Así se formará usted misma su propia opinión. Dispense las molestias... Vamonos muchachos.
Los visitantes empezaron a salir. Violeta llamó la atención del posadero.
—Señor Carrón...
—¿Sí. señorita? —contestó el aludido, volviéndose hacia ella.
—Por favor, sírvales una botella con cargo a mi cuenta. De lo bueno, señor Carrón.
—Muchas gracias, señorita Dunbar.

Violeta se quedó sola. Casi inconscientemente, dio una patada en el suelo.
—Tío Ben, ¿por qué demonios tuviste que firmar un contrato tan disparatado?
¿Cómo había podido portarse tan imprudentemente? Había _ algunos motivos, desconocidos para todos, que le habían obligado a poner su firma al pie de un documento que no le concedía ninguna ventaja?

Empezó a desnudarse.
—Mañana lo averiguaré —se propuso.

Sorprendentemente, el nuevo día apareció claro y radiante. Aún había, sin embargo, algunas nubes en el cielo, aunque se despejaban rápidamente. Los charcos no se habían evaporado todavía, pero el ambiente resultaba muy distinto y , mucho más agradable del que había encontrado a su llegada.

Wendy le indicó el camino para llegar a Frankapton House. No era difícil, ya que la casa estaba apenas a una milla.
—Sin embargo, los límites de la propiedad empiezan casi en el borde del pueblo y están señalados —agregó la criada.

Violeta asintió. Minutos más tarde, estaba a bordo de su automóvil. No tardó mucho, efectivamente, en ver el primer cartel. La casa, no obstante, quedaba todavía oculta por los
árboles que crecian en la suave loma que se recortaba contra el horizonte.

El camino no estaba asentado y había muchos charcos, que debía sortear con eludido. La colina en que estaba situada la casa era de forma alargada y en los últimos cuatrocientos metros, el camino pasaba justamente por la suave cresta, entre una doble fila de frondosos robles.

Desde allí. Violeta pudo ver una enorme extensión de prados. que aparecian; completamente desiertos, pero que, sin embargo, era una visión sumamente agradable. La joven se preguntó que aspecto tendría ei paisaje, si aquellas tierras estuviesen en explotación. Comprendía a los habitantes de Dunkapton: deseaban ia propiedad, actualmente estéril, para convenirla en una explotación agricola completamente fértil. Era una ambición llena de lógica.
Repentinamente, un hombre salió al centro del camino, con una escopeta en ia mano derecha. En la izquierda tenia la trailla de un enorme perro negro.

Violeta, asustada, freno en seco . El hombre se acerró al coche, mientras el can gruñía ominosamente.

-—.Qué quieres usted.....preguntó el individuo--. ¿No sabe que esta prohibido traspasar los limites de mi propiedad?

— Estas tierras no son suyas, señor Quelbs, si es usted el que me figuro --contestó la muchacha, ya más serenada—, Sólo es el arrendatario no puede prohibir el paso a la propietaria.
Ei rostro de el individuo expresó una sorpresa tota!. Era un hombre alto, fornido, con el rostro surcado por grandes arrugas, lo que le hacia mucho más viejo de los cuarenta y cinco o cincuenta años que ella le calculó. El conjunto, sin embargo, no tenía nada de agradable. Además, observó la muchacha. uno de los ojos tenia la pupila más clara que el otro. ¿Era tuerto?, se preguntó.
......De modo que la propietaria... Heredera sin duda del viejo Ben —dijo, rehecho ya de ia sorpresa.

- En efecto, señor Quelbs. Me llamo Violeta Dunbar y tengo los documentos apropiados.
—Diculpe mi brusquedad, señorita. Las gentes del pueblo
no me tienen ninguna simpatía. Además, hay bastante caza y suelen venir para llevarse algunas piezas sin mi permiso.. Ha venido a hablar conmigo, supongo.
—Así es —confirmó la muchacha.
Quelbs se apartó a un lado.
—Siga con el coche, por favor. Mi ama de llaves la atenderá, mientras yo llego. Y no tema por el perro; «Azrael» es muy manso. Pura fachada —sonrió.
—Le ha puesto el nombre de un demonio —observó Violeta.
Quelbs sonrió.
—El adecuado a su aspecto, aunque no a sus hechos —respondió.

CAPITULO IV

En la gran chimeneadel salón ardían unos buenos troncos. Violeta se despojo de la chaqueta de piel y tendió las manos, ya sin guantes, hacia las llamas

Era una casa grande antigua aunqueagradablemente decorada Sin embargo, no se apreciaban en ella grandes lujos Se trataba, simplemente. de la vivienda de un propielario rural

Violeta oyó el ruido de la puerta principal y la voz del inquilino que hablaba con su ama de llaves. Luego percibió-el chasquido del picaporte de la puerta del salón. |

Quelbs entró, con la sonrisa en los labios i
—¿Le gusta la casa, señorita?
-Está bien -repuso Violeta-, Grande, pero acogedora Y con una bonita vista sobre los alrededores

A mí también me encanta vivir aquí dijo Quelbs .

¿Jerez?
—Sí, por favor.

Quelbs destapo ,un frasco de vidrios tallado y llenó dos copas. Violeta tomó un par de sorbos

Senor Quelbs dijo al cabo de unos instantes deseo hablar de usted sobre el contrato de arrendamiento
—Ah... Muy bien, la escucho, señorita Dunbar

Usted paga dos mil cuatrocientos libras anuales por la propiedad

—Muy cierto.
-Son dos mil hectáreas. La renta es mínima, respecto del valor real de la propiedad.

—Lo sé.
— Deseo elevar ese precio, señor Quelbs.
El hombre dejó su copa encima de una mesa.
— ¿Cuál es el nuevo precio?
—Según mi asesor legal, una renta justa sería seis mil libras anuales. Eso es lo que deseo percibir a partir de ahora. —Perfectamente —aceptó Quelbs-. Envíeme el contrato

Debidamente redactado y firmado, Y le abonaré el importe de la renta del primer año. Violeta alzó las cejas.
—Se sorprende, ¿verdad —sonrió el sujeto—. Sin duda pensaba que iba a negarme a pagar la renta que usted fijase Bueno, ya contaba con ello, cuando murió mi buen amigo Ben. Estoy de acuerdo, señorita Dunbar.
—Gracias, señor Quelbs. De todas formas, me gustaría algo mas que percibir una renta por la propiedad. —¿Sí? ¿Qué, por favor —Vender.

Los ojos de Quelbs se entrecerraron. — No —contestó. —Soy la dueña...
—Firmé un contrato con Ben. Además, en el testamento hay una cláusula que ordena se me mantenga en el arriendo de la propiedad mientras viva. ¿Lo sabía usted?
—He leído el testamento y no sé nada de esa cláusula: sólo conozco el contrato de arrendamiento.
—Tiene usted suerte —declaró Quelbs con lo que a ella le pareció notable cinismo—. Ben olvidó de fijar un precio determinado por el arrendamiento, a partir de su muerte De lo contrario, me negaría a pagar ese aumento. —Pero se niega a permitir la venta. —

Rotundamente, señorita Dunbar. —Quizá haya medios legales... Quelbs hizo un amplio ademán con el brazo. —Estoy dispuesto a afrontar- el pleito —respondió calmosamente.
Violeta apuró su copa y tomó el chaquetón.
—Haré que mi abogado redacte un nuevo contrato en Londres - manifestó—. Pero eso no impedirá que luche todo lo que me sea posible por vender Frankapton House. Luego, en todo caso, usted se entendería con los nuevos propietarios.
—Está usted en su derecho —dijo Quelbs sin dar muestras de enojo —. Sin embargo, le advierto de antemano que no conseguirá nada.
Galante, ayudó a la muchacha a ponerse el chaquetón. Violeta empezó a calzarse los guantes a continuación.
—Señor Quelbs, deseo hacerle una última pregunta —solicitó ella.
—Por supuesto.
— Usted pagaba a mi tío dos mil cuatrocientas libras anuales. Al día siguiente, él le pagaba dos mil doscientas ochenta. Fin resumidas cuentas, lo que usted pagaba realmente por el arrendamiento eran solamente ciento veinte libras. ¿Qué explicación da a un hecho tan insólito?
Queíbs sonrió.
— Era un arreglo que habíamos establecido su tío y yo --contestó—. Muerto él, tal pacto ya no tiene razón de ser y. le prometo, usted percibirá nueva renta con toda regularidad.

Violeta echó a andar hacia la puerta y él la acompañó. Cuando ya se hallaban en el exterior, Quelbs hizo una observación sorprendente:
—¿No le han dicho en el pueblo que soy una especie de demonio que ha creado un monstruo asesino?

Ella se volvió, vivamente sorprendida.
—Es la primera noticia que tengo sobre el particular —exclamó—. ¿A qué se refiere usted, señor Quelbs?
— Pregunte en el pueblo, por favor.

Violeta sostuvo un instante la mirada del sujeto. Aquel ojo claro, no era, sin embargo, una nube, pero sí tenía la pupila casi blanca, le daba miedo.
— Habladurías de aldeanos —dijo al fin.
—Gracias por la opinión que tiene de mí, a priori. Espero que no la modifique nunca, señorita Dunbar.

Violeta hizo un leve gesto con la cabeza. Entró en el coche. dio el contacto y arrancó.

—¿Qué clase de endemoniado arrecio hicieron mi tío y este tipo? —se preguntó llena de perplejidad
— Nunca hemos dicho que Quelbs fuese un asesino Son exageraciones suyas, aunque lo cierto es que jamas ha tenido simpatías en la comarca — declaró Carrón, en respuesta a la pregunta que le había formulado la muchacha.

-El habló de un monstruo asesino...
Carron se mordió los labíos

—Dathon Waske el otro alcalde murió misteriosamante en precensia de muchos de nosotros. Algunos creyeron ver un sujeto gigantesco de casi tres metros de altura. Hay quien dice que Quelbs ha resusitado al gigante.

Un Gigante? Exclamo ella atónita

Vera señorita hace muchos anos, casi trecientos vivio en la casa un caballero que se dedicaba a la alquimia y según se dice a la brujería y a la nigromancia. Parece ser que creo un ser no vivo,pero tampoco muerto que obedecía sus ordenes sin rechistar e imponía el terror en la comarca

En resumidas cuentas el dueño de Frankapton House fue juzgado por brujo y condenado a morir en la hoguera. Sentencia que se ejecuto con beneplácito de todo el mundo . Sin embargo , no se hallo el menor

rastro del gigante.

Y ahora dicen que Quelbs lo ha resusitado.

Carrón se sentía muy desazonado

— No se qué creer .....-dijo-. Yo mismo vI unas pisadas enormes, después de la muerte del pobre Waske. Se hundían dos pulgadas en el suelo y medíanvmas de medio metro de largo. Si existe de verdad un gigante de tres metros esas huellas tienen que corresponderle a e!.

—Es asombroso -exclamó Violeta--. De modo que el alcalde murió...
— De un solo puñetazo, que le hundió craneo
—Señor Carron. ¿qué hace Quelbs en mi propiedad?

— Nadie lo sabe. Vive solo con el ama de llaves y ésta es muda en cuanto se refiere a las actividades de su amo. Aquí tampoco comprendemos cómo pudo convencer a su tío para que le dejase vivir en la casa.
—¿Es soltero Quelbs?
—Estuvo casado. Su mujer era muy hermosa, pero murió a poco de llegar a Frankapton House.

Fue una lástima; quiza con ella las cosas hubieran marchado de otro modo" Era una mujer muy agradable y comprensiva... pero apenas si vivió cuatro o cinco meses, después de su llegada a la comarca.
—Verdaderamente lamentable, señor Carrón. Ahora por favor, una última pregunta. .. —

Claro, señorita —accedió el posadero.
—Suponiendo que pudiera vender, ¿qué precio estarían dispuestos a pagar por la propiedad?
—Hace ya diez años que surgió la idea y el municipio empezó a ahorrar, incluso se vendieron acciones, con el fin de que todo el mundo tuviese acceso a la propiedad, que será explotada comunalmente el día en que io consigamos. Por ahora disponemos de sesenta mil libras en efectivo y tenemos la plena seguridad de que el Ministerio nos concedería un préstamo de cuatrocientas mil, a pagar en veinticinco años y con un interés bajísimo. Pero tanta tierra estéril, sin cultivar... Es un pecado, ¿no le parece?

Violeta sonrió. Cuatrocientas sesenta mil libras, a dos dólares veinte centavos... Algo más de un millón de dólares suma verdaderamente confortable. «¡Caramba, merece luchar por ello!», se dijo.
—Haré todo lo posible para que ustedes lleguen un día a ser

propietarios de Frankapton House —aseguró.

El hombre se acercó cautelosamente a la casa, con la es copeta en las manos. Aquel miserable no merecía vivir, se dijo Kevin Waske.

Ninguno de los habitantes de Dunkapton había sabido reaccionar después de la muerte de su hermano. No eran más que cornejas que graznaban en la rama de un árbol. Mucho hablar, pero poco actuar.
—Nada, estaría mejor dicho —gruñó.

Tenía que vengar a su hermano. Kevin estaba seguro de que había sido Quelbs. O su gigante, tanto daba.

Porque, aunque no estaba presente en el momento del asesinato, había hablado con algunos conocidos que le merecían confianza. Sí, el gigante había aplastado le cabeza de Dat-hon, con la misma facilidad que si se tratase de un huevo de gallina. Sólo un ser de tres metros de altura podía poseer una fuerza tan descomunal.

Pero ni siquiera los gigantes podían resistir el doble impacto de unos disparos hechos con postas loberas. Y si no moría en el primer momento tenía más cartuchos de repuesto.
—El amo y su infernal criatura —se dijo, mientras alcanzaba una de las ventanas del salón.

Miró a través de los cristales, ya que las cortinas no esta ban completamente corridas. Quelbs aquellos momentos y se ponía en pie.

Entraría por la puerta trasera, se propuso. ¿Y si le veía el ama de llaves, aquella mujer tan antipática y tan poco agradable de mirar a la cara?

Quelbs desapareció de su vista. Las manos de Waske se crisparon en torno a los cañones del arma. ¿No debería mejor llamar su atención, hacer que saliera a la puerta y destrozarle el pecho de dos disparos, antes de que tuviese tiempo de reaccionar?

Podría perderse entre las sombras, antes de que nadie pudiera alcanzarlo. Claro que el gigante quedaría con vida pero muerto su dueño, resultaría fácil eliminarle. Aquel monstruo no vivía en realidad, si era preciso dar crédito a lo que decía la leyenda Muerto su amo, el ser era sólo un montón de carne inerte. Lo quemarían y...

La pesadilla desaparecería para siempre y el pueblo podría conseguir Frankapton House. Se lo deberían a él. pero no lo oiria a nadie jamás.
Muy despacio, se acercó a la puerta. Cuando levantaba la mano para

tirar de la cadena que agitaba la campanilla, oyó un ruido en las inmediaciones.

Alguien se acercaba, pisando lenta, metódicamente. Los pasos sonaban siniestramente en la oscuridad de la noche.
Kevin alargó el cuello. Bruscamente, una figura apareció cu su campo visual, al ser iluminada por la luz que salía de una de las ventanas.
Los ojos del hombre se desorbitaron.
-Dios mío, no...
El gigante se le acercó inexorablemente. Acometido por un miedo invencible, Kevin sintió que sus rodillas entrechocaban repetidas veces.

Aquel monstruoso individuo le miraba con ojos que parecían poseer luz propia y que resplandecían en la oscuridad como los de un gran felino. Kevin vio rasgos, un tanto borrosos, pero perfectamente definibles de las facciones de un ser humano y captó también la boca, de labios delgados v rectos. en la que no se advertía la menor expresión de enojo o simpatía.

Bruscamente, se acordó de que tenía una escopeta en las manos

Levantó el arma. Los dos cañones se incendiaron súbitamente, con una terrible explosión. El gigante, alcanzado de lleno en el pecho, se detuvo un instante, pero continuó andando.

Aterrado, Kevin trató de recargar el arma. Unas manos de fuerza infinita se la arrancaron con toda facilidad. Kevin vio que el monstruo doblaba los cañones de la escopeta como si fuesen de goma.

Horrorizado, dio media vuelta y trató de huir, pero en aquel instante percibió el oscuro silbido de algo enormemente pesado que descendía sobre él. Sintió un espantoso dolor en la cabeza y, durante una milésima de segundo, oyó incluso el crujido de sus propios huesos, que se hundían a causa de aquel poderoso golpe.
fuego. Kevin empezó a caer, pero ya estaba muerto.

CAPITULO V

—Y ése es el problema —dijo Violeta, dos días más tarde. en el despacho del abogado Cahill.
El teléfono sonó en aquel instante. Cahill atendió la llamada y luego concentró su atención en la muchacha.
—De modo que Quelbs está dispuesto a pagar la nueva renta.
-—En efecto.
—Pero se niega a permitir la venta.
--Sí. Ralph.
Cahill meneó la cabeza.
—La copia del testamento que yo tengo no menciona para nada la cláusula que cito Quelbs —dijo.
—Tal vez fue otorgado en fecha posterior y modificado a «gusto» del inquílino —apuntó Violeta.
—Posiblemente, pero si se redactó con legalidad, no veo qué podemos hacer nosotros para conseguir que Quelbs ceda en sus pretensiones.
—Y he de resignarme a perder un millón de dólares
—Al menos, cobrará la renta acordada.
—Bah —dijo Violeta desdeñosamente—. Poco más de trece mil dólares anuales... Incluso esa suma es ridicula... Se trata de dos mil hectáreas de tierra, casi cinco mil acres... Caramba, en cualquier parte del mundo, ese arrendamiento debería producir una renta cuatro o cinco veces superior.
—Tal vez. pero hemos de conformarnos con lo que ya tenemos. Sin embargo, le aconsejo no ceda tan fácilmente.
—¿Qué debo hacer. Ralph?

—Pese a todo, podemos tener alguna salida. Sí, quizá sea lo mejor, Violeta.
Ella se sintió esperanzada. —A ver. hable —rogó.
—Verá, pese a todas las trabas legales, usted podría acabar por conseguir la venta de Frankapton House. Sobre todo, si se tiene en cuenta que tanto en los contratos como en el testamento de su tío, falta una cláusula muy importante.

—¿De veras? Por las razones que sean, Quelbs quiere permanecer definitivamente en la casa. Ahora bien, aunque se cubrió por todos los Elancos, dejó sin embargo, una pequeña brecha por la que nosotros podemos asaltar la fortaleza.
—¡Qué bien habla usted, Ralph! —exclamó Violeta jovialmente—. Tiene un pico de oro... El joven se ruborizó.
—Yo diría más bien que ha sido un párrafo lleno de pedantería. Pero necesitaba expresarlo con una metáfora. —De acuerdo. ¿Cuál es la

brecha?
—Quelbs no tiene prioridad de opción para la compra de la propiedad.
—¡Menudo fallo! —comentó la joven—. ¿Se puede atacar por ahí, Ralph?
—Y por otra brecha también.
—Vamos, suéltelo. Me tiene sobre ascuas...
—Expropiación forzosa.
—¿Serviría?
—Casi seguramente, sí. La demanda de compra no sería por un particular, sino por un consejo municipal y en beneficio de la comunidad. En la demanda se puntualizaría que los terrenos son actualmente baldíos y que no se cultiva en ellos una triste patata. Los tiempos que corren no son demasiado propicios para mantener unas tierras improductivas Se hace, desde luego, pero es en lugares donde nadie demanda que se pongan en explotación.
—O sea, si lo pide el consejo municipal...
—Como entidad oficial, creo que la demanda tendría éxito, aunque el camino no sería largo ni fácil, ni tampoco barato incluso es posible que el juez desestimase la demanda

—Bastaría con que él pusieran en marcha, un caballo con un arado, para que se pudiera alegar que sí cultiva las tierras.
—Ya no, porque se vería demasiado la falsedad del alegato. Pero si bien las tierras contribuirían al desarrollo económico de la comunidad, no es menos cierto que también pueden vivir sin ellas. Y aquí, en Inglaterra, el sentido de la propiedad privada está muy arraigado.
—En resumen, será difícil.
—Muchísimo. Pero es el único camino a seguir, sobre todo teniendo en cuenta que él no ha formulado opción de compra al mejor postor.
—Es decir, en primer lugar.
—Justamente, Violeta.
Ella se acarició la mejilla suavemente.
—Ralph, se me ocurre también otra idea pasados unos momentos.
-¿Sí?
—¿Quién es Quelbs?
—Francamente, no tengo la menor idea...
—Entonces, ¿por qué no le investigamos?
—¿Sugiere usted que contrate un detective privado?
—¿Por qué no? En el fondo, Quelbs no ha jugado limpio con mi tío. Nosotros tampoco tenemos por qué sentirnos obligados hacia él.
—Creo que la entiendo —dijo Cahill—. Eso costaría algún dinero...
—Tío Ben dejó unas mil libras en la cuenta. Todavía quedan seiscientas y yo tenía algunos ahorrillos. Contrate al detective. Ralph.
—Muy bien, Violeta.

La joven se puso en pie.
—Me gustaría devolverle la invitación —manifestó.
—¿Cómo?
—Cene conmigo. En el hotel tienen un buen restaurante.
Cahill sonrió.
—Acepto encantado —repuso.
Violeta le tendió una mano.
—Además, le contaré cierta historia sobre el primitivo dueño de Frankapton House. que murió quemado por brujo, hace unos trescientos años —dijo.
—Será una historia muy interesante, sin duda -convino él.
Alvin Carrón se secó las manos con gesto nervioso.
—Por Dios. Glenda! —exclamó-. ¿Qué puedo hacer yo? .¿Qué podemos hacer nosotros9
—Kevin ha desaparecido. Temo que lo haya matado el gigante de Frankapton. Alvin —dijo la atribulada viuda del segundo de los Waske.

Carrón cerró los ojos un instante.

Conocía bien al hermano del difunto Dathon Waske. Así como éste había sido siempre un hombre trabajador y honrado. el hermano menor. Kevin. era todo lo contrario: vago. nada aficionado al trabajo y enamorado de la botella de aguardiente.

No era la primera vez que Kevin desaparecía y tardaba algunos días en volver a hacerse visible.

Nunca decía dónde había estado, pero la mayoría de ellos sospechaban la verdad.

A Kevin le gustaba mucho la viuda Burke. Emma Burke poseía una granja situada a seis millas al norte de la población. Era una mujer enérgica, activa, que no necesitaba de nadie para llevar a cabo las tareas de ¡a propiedad. Andaba ya por los cuarenta años y hacía cuatro que había enviuda do. Sin embargo, se conservaba todavía muy atractiva y todos sabían que era una mujer muy ardiente', que a veces se encontraba a disgusto sola en la cama.
Carrón sabía también que ia viuda encontraba a Kevin atractivo, alegre, simpático. Kevin sabía serlo cuando le convenía. De cuando en cuando, pasaba unos días en la granja.

Emma quedaba satisfecha y Kevin regresaba con unas cuantas libras en el bolsillo.

Miró a la esposa de Kevin, una mujer pálida, delgada, de pecho liso y rostro Elaccido. Se preguntó cómo era posible que un día se

enamorase del borrachín de Kevin. Claro que también resultaba extraño que éste se hubiera convertido en el esposo de Glenda. La vida tenía cosas muy extrañas.
—Aquella noche había tornado unas cuantas copas... -empezó a decir Glenda.
—Aquí, no —cortó Carrón vivamente.
—En casa —puntualizó ella—. Se excitó mucho, pensando en su hermano...
«Pensando en que el difunto Dathon tenía esposa e hijos. que heredarían sus bienes y que él no podría dilapidarlos». se dijo el posadero.
—... y dijo que iba a matar al inquilino de Frankapton House y al gigante, si era necesario —continuó Glenda, entre gemido y gemido —. Agarró la escopeta, se marchó... y ya no he vuelto a verlo.
—¿Cuántos días, Glenda? —pieguntó Carrón pacientemente.
—Seis ya. —Ella le miró con ojos húmedos—. Nunca estuvo ausente tanto tiempo.
—«Lo sabe». Sabe que va a visitar a la viuda Burke», pensó Carrón.
—Está bien, mujer, haré lo que pueda —cedió al cabo. con tal de quitársela de encima—, iré a ver qué le ha podido pasar.
—A Frankapton. señor Carrón.

El posadero apretó los labios. «Maldita estúpida», la apostrofó mentalmente. Algunas mujeres no sabían hacer otra cosa que lloriquear y gemir, incapaces de reaccionar con un mínimo de genio. Si le hubiese abierto la cabeza el primer día que se emborrachó, Kevin habría sido otro. Mientras trabajó con su hermano, iba derecho como un huso. Dathon sabía cómo manejarlo. Pero se independizó al casarse, tomó unas tierras en arriendo, fracasó por vago...
— Iré a Frankapton —prometió.

Carrón se quitó el mandil.
—¡Wendy! —llamó.
La sirvienta apareció en el acto.
-.Sí?
—Voy a salir. Tardaré una horas. Ocúpate de todo en mi ausencia.
—Sí, señor. ¿Piensa ir a ver a la viuda Burke?
Carrón frunció el ceño.
—Otra vez escuchando detrás de las puertas, ¿en?
Wendy sonrió con desenvoltura.
—No estaba cerrada —contestó.
Carrón emitió un bufido y empezó a ponerse la chaqueta.
—De todos modos, estás mejor que la viuda —rezongó.
—¿Cómo lo sabes? ¿Nos ha «probado» a las dos?
El posadero se quedó cortado.

—Tienes la lengua muy larga, Wendy —dijo.
Ella se echó a reír.
—Suerte con la viuda —le deseó. ,

Carrón terminó de abrocharse la chaqueta y pasó al patio posterior, donde tenía la bicicleta. Maldita Glenda, siete millas pedaleando... Ya no estaba para aquellos trotes... pero aunque Wendy se le había brindado más de una vez no quería compromisos, que no tendría si la viuda se sintiese acogedora...

Enfrentado al fresco viento de la mañana, empezó a pedalear.
* * *
Estaba tomando té en un pub cercano al lugar donde Cahill tenía su despacho, cuando entró un hombre de unos cuarenta años, quien, tras explorar rápidamente el local con la mirada, se dirigió inmediatamente a la mesa ocupada por la pareja.
—Hola. Joel —saludó Cahill—. Te presento a mi cliente del otro lado del charco, miss Violeta Dunbar. Violeta, Joel Shancock, detective privado al que encargo algunas investigaciones de cuando en cuando.
—¿Cómo está usted, señor Shancock? —saludó la mu chacha.
—Es un placer, señorita Dunbar —sonrió el detective.
—Joel, siéntate y pide una copa. Parece ser que traes noticias interesantes.
—Sí. en efecto. —Vino la camarera y el investigador le pidió un doble de cerveza—. Me ha costado un poco, pero hemos tenido la suerte de que yo recordase el apellido Quelbs con motivo de cierto jaleo que hubo hace unos seis o siete años. Un pleito bastante sonado, todo hay que decirlo.
—Cuenta, cuenta. Joel —pidió Cahill ávidamente.
Llegó la cerveza. Antes de empezar a hablar, Shancock arreó un buen tiento al jarro. Se limpió los labios y dijo:
—Quelbs es ingeniero y estaba empleado en la Hartdale Machinery, como diseñador jefe de una de las secciones. Parece ser que una de las máquinas salió defectuosa y que le achacaron a él las culpas, por lo que fue despedido de la empresa. Pero Quelbs no se conformó y entabló pleito, no sólo por el despido injusto, sino por lo que estimaba denigrante para su capacidad profesional. Ganó el pleito, todo hay que decirlo, y con una sustanciosa indemnización, por si fuese poco.
—¿Cuánto? —preguntó el joven.

—Cien mil libras. Quelbs tenía, además, derecho a volver a su puesto, ya que se demostró que el fallo en la maquinaria se debía a un error de diseño, imputable a uno dt los ingenieros que estaban por encima de él y que había corregido indebidamente su trabajo, pero renunció a ese derecho a cambio de una nueva indemnización, esta vez

solamente de cinco mil libras.

Incidentalmente, he hablado con algunos que le conocieron y todos han coincidido en una cosa: Quelbs es un ingeniero de primera magnitud y, de haber seguido en su puesto, la Hartdale estaría ahora a la cabeza de las empresas del ramo. Pero él ya no quiso volver a su puesto y, al poco tiempo, se marchó de. Londres.
—interesante -comentó Violeta—, ¿Nada más señor Shancock?
—Sí. hay más. señorita Dunbar. El pleito fue bastante sonado en los ambientes profesionales, pero en la misma época. Quelbs contrajo matrimonio, prácticamente al día siguiente del juicio, que le resultó tan favorable.

Shancock metió la mano en el bolsillo y sacó unos papeles. -—He obtenido fotocopias de los originales —explicó— Están archivados, lógicamente, y no permiten sacarlos de la biblioteca.

Por aquel tiempo. Quelbs andaba en relaciones con una «estrella» de music-hall, cuyo nombre artístico era el de Myrna Mallen. En realidad, se llamaba Meg Masters. pero éste es un nombre que no «suena» demasiado y se lo cambió. Bueno, tengo la fotocopia de las noticias de la boda. con fotografías. Meg Masters tenía ya una excelente reputación y asistieron muchos colegas de ambos sexos a ia ceremonia, que fue doblemente sonada, debido al ruido que había hecho el pleito.

Las fotografías pasaron a poder del abogado. De pronto, Violeta, que miraba por encima del hombro del joven, lanzó una explicación:
—¡Increíble! —dijo—. Aquí pone... «Ben Sharphane. gran amigo de! novio y padrino en la ceremonia de su enlace con la seductora Myrna Mallen»... ¿No es asombroso, Ralph?
—Mucho —convino el joven—. Joel, ¿eso es todo?
—A partir de la boda, ya no hay más noticias de Quelbs ni de su esposa —contestó el detective.
—Gracias. Envíame la minuta de honorarios.- por favor.
Shancock apuró la cerveza y se puso en pie.
—Deseo haberle sido útil, señorita Dunbar.
— Puede estar seguro de que ha sido así —contestó la muchacha, que no apartaba la vista de la hermosa mujer que aparecía retratada, en traje de novia, a! lado de un hombre I con el que había estado hablando pocos días antes.
La recién casada tenía a su derecha a un hombre de edad superior a la del novio. Terriblemente intrigada, Violeta se preguntó qué clase de relaciones habían existido entre su tío y el actual ocupante de Frankapton House.

CAPITULO VI

Carrón terminó de vestirse y se puso el chaquetón de pieles. Emma Burke se echó a reír.
—Te vuelves en bicicleta - dijo.
—Mujer, es lo más cómodo...
La viuda Burke estaba todavía en la cama, cubierta apenas con la sábana, sin importarle demasiado enseñar extensas zonas de su cuerpo exuberante. Era una mujer de grandes senos y amplias caderas, cabello negro y ojos ardientes. Carrón había tenido ocasión de comprobar el fuego que ardía en aquella mujer.
— Podrías comprarte al menos una motocicleta ligera —dijo ella.
—No suelo salir mucho del pueblo. Sería un gasto inútil. Y. me parece, no habrá muchas ocasiones para que vuelva a visitarte.
Emma hizo una mueca. Caí ron la había defraudado. A pesar de su edad, tenía una apreciable fachada, pero los años, se dijo, no perdonan. De todas formas, tampoco había estado tan mal la cosa.
Envuelta en la sábana, abandonó el lecho.
—¿Quieres una copa? ¿Un ponche a base de leche, aguardiente, azúcar y dos yemas de huevo? —sugirió, maliciosa.
—No soy tan Elojo —gruñó él. adivinando la segunda intención en las palabras de la viuda— Emma, me pregunto por qué no has querido volver a casarte —añadió.
—Tuve bastante con el animal de Zach Burke, a quien Dios tenga en su gloria. Estoy mejor sola... y no quiero que nadie se me suba encima. En otros asuntos, claro —rió estridentemente.
—Te gusta mandar, ¿en?
—Puedes tenerlo por seguro, Alvin.
—Tul vez sea mejor así. para ti, ciaro. Entonces, ¿no has visto a Kevin Waske?
—No. ¿Cuánto dijiste que falta de su casa?
—Seis días.
—Estuvo a verme hace tres semanas. La verdad, ALvin, empezaba a cansarme de él.
Carrón alzó las cejas.
—¿Por qué?
—Soy franca. En ciertos aspectos, era lo que siempre he deseado. Pero llega un momento en que una se pregunta si es eso sólo lo que se quise en este mundo. Y la contestación es que se desea algo más.
—¿Por ejemplo?
—Un hombre trabajador, que sepa arrimar el hombro. Kevin no lo es. Viene aquí, se harta de comer... y menos mal que le cierro la alacena de las botellas y así lo mantengo sereno... bueno, también se harta de lo otro, pero no es capaz de partir media docena de astillas para

encender el fuego.
—Comprendo. Te gustaría que fuese un poco más activo.
Emma entornó los ojos.
—Si lo fuese, si yo hubiera visto en él signos de abandonar su... estilo de vida, le habría hecho pedir el divorcio para que se casara conmigo. Pero no, no quiero seguir mantenien-' do más a un vago. Cuando vuelva, lo despacharé con viento fresco.
—Si le veo, se lo diré...
—No, no me gusta que nadie haga cosas por mi. Prefiero decírselo yo misma.
—Está bien, Emma. —Carrón acarició las tostadas mejillas de la mujer —. Todo ha sido muy agradable.
—Lo celebro. Pero es extraño que vengas aquí, teniendo a una chica tan estupenda... Carrón soltó un bufido. —No me hables de Wendy —dijo—. Sé que podría hacerlo. pero no quiero, porque, antes de una semana, tendría a toda su parentela viviendo a mi costa y eso no me agrada en absoluto. Nunca me gustó dar de comer a los cuervos, ¿entiendes?
—Entonces, ¿por qué no la despides?
—Pues... Wendy es muy trabajadora y me ayuda enormemente en el negocio. Pero no, no... lo mismo que tú, yo también estuve casado y no tengo ganas de repetir la experiencia.
—Te alabo el gusto, Alvin. ¿Irás ahora a Frankapton House?
Carrón se acercó a una de las ventanas. La granja estaba situada en un valle, de suaves laderas. En el horizonte, a gran distancia, se recortaba la casa donde vivia Quelbs.
—¿Por qué no? Al menos, tranquilizaré mi conciencia —respondió al cabo.
—Un tipo raro el inquilino, ¿verdad?
—Cada cual es muy dueño de serlo en su casa, Emma.
—Sí, tienes razón, Alvin. Dime. ¿crees en el gigante?
Carrón cerró los ojos un instante, tratando de rememorar la terrible escena de la muerte de Dathon Waske.
—¿Lo vi? —murmuró, no completamente seguro de la figura entrevista a través de la noche y de la lluvia.

De pronto, sacudió la cabeza.
—¡Bah, paparruchas! —exclamó. Dio una palmada en las rotundas caderas de Emma y se echó a reír—. Gracias por todo, hermosa.
—Adiós, Alvin.
Momentos después. Carrón estaba de nuevo a bordo de su bicicleta y pedaleaba con energía en dirección a Frankapton House.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo Violeta aquella misma noche, mientras cenaban en un restaurante—. Todo lo demás resulta

comprensible, incluso ¡a rareza que supone el que una mujer tan hermosa como Mea Masters alias Myma Mallen, se enamorase de un tipo como Quelbs.
—Sí, es bien raro —convino Cahill-...... Pero parece que
hay cosas más raras todavía. ¿no?

—En efecto: las relaciones entre mi tío y Quelbs He de admitir que durante casi todo el tiempo, apenas si tuvimos noticias de tío Ben. A veces, pero no todos los años nos lelicitaba las Pascuas de Navidad. Naturalmente, nunca nos contó nada de sus asuntos privados. Se limitaba a decirnos que estaba bien, que nos deseaba salud y prosperidad y ahí acababa todo.
—Bueno, quizá el propio Quelbs pueda explicar los motivos de esas relaciones, que desembocaron en un contrato nada favorable para usted.
—Aunque sí para él - contestó Violeta rápidamente.

Abrió su bolso y sacó los papeles que Shancook les había entregado.
—Era guapísima —añadió.
—¿Se refiere a la señorita Quelhs?

Ella asintió.
—Quelbs debía de tener entonces unos cuarenta años Fila no aparenta el cuarto de siglo...
—La diferencia de edad es tanta —opinó Cahill.
— No. pero, de todos modos, son quince año* Y está el ojo izquierdo de Quelbs.
—¿Qué le pasa al ojo izquierdo? —se sorprendió el joven.
—Tiene la pupila más clara que la del derecho.
—A lo mejor es tuerto y se hizo uno de vidrio. La pupila no fue fielmente reproducida...
—No. le he visto moverlo. En las fotografías. Meg Masters aparece radiante, pero dulce y sensitiva al mismo tiempo.
—El no es ningún bruto. Recuerde que era insenicro muv competente.
— Un cerebro inteligente no tiene por qué estar siempre en la cabeza de un Apolo —sonrió Cahill.
— No. claro que no...
—Y. además, ¿ha oído hablar alguna vez de las rarezas de la gente? A nosotros puede parecemos incomprensible. pero si Meg se enamoró de Quelbs, el matrimonio resultó para ella de lo más natural.
—Sí —suspiró Violeta— El problema en las relaciones de mi tío con ese individuo. Ralph, temo que no voy a tener más remedio que volver a Dunkaplon.
—¿Para hablar con él nuevamente?
— En efecto.

Cahill se acarició el mentón.
—Violeta, ¿cuándo piensas marchar allí'.'
—Oh... Mañana mismo. No tengo nada mejor que hacer... ¿Por qué me lo preguntas. Ralph?
—Aplace el viaje cuarenta y ocho horas. Yo procuraré adelantar el trabajo y así adelantaré también el fin de semana. que empezaría el viernes a primera hora. Podríamos hacer el viaje juntos y estaríamos en Dunkapton después de mediodía. Creo que mi compañía le resultaría útil, sobre todo, si me permite que hable con Quelbs.
—Oh. Ralph... Quería proponérselo, pero no me atrevía . ¡Claro que acepto, de mil amores! —exclamó ella entusiasmada—. Y tal como están las cosas, un día o dos de retraso no tienen la menor importancia.
— En cambio, hay algo que sí la tiene, pero no se la concedemos.
—¿Qué es? —preguntó Violeta, intrigada.
—La cena. ¿Por qué no nos concentramos en lo que nos han servido?
Ella hizo un vivo movimiento de cabeza y se echó a reír.
—¿Qué nos han servido? Porque, hasta ahora, no me he fijado siquiera en lo que tenía en el plato... y, a fin de cuentas, el estómago sostiene a! cerebro, ¿no es así, Ralph?
—Nada más cierto, Violeta —concordó él de buen humor.
Inquieta, nerviosa, Emma Burke se revolvió en la cama. ! sin saber exactamente las causas de su excitación. Maldijo i entre dientes, por haberse despertado a media noche Ahora ¡ le costana mucho volver a dominarse y al amanecer tenía i que bajar al establo y ordeñar las vacas...
Debería contratar un peón, se dijo, con los ojos muv abiertos en la oscuridad de su dormitorio. Pero si era dé edad para que no la molestase, no le resultaría de utilidad Y si era joven ya había tenido dos y a ambos los había despedido. cuando empezaron a insinuarse. Emma era sincera incluso consigo mismo. Cuando le apetecía un hombre le permitia entrar en su alcoba.

El último había sido el vago de Kevin Waske, simpático alegre y dicharachero, pero... A veces, ella le decía que era tan poco trabajador, que acabaría por darle de comer en la noca, como a los niños de pocos meses.

De Kevin no sabía nada. Carrón había estado en Frankapton House. El inquilino había declarado ignorarlo todo acerca del sujeto. ¿Donde diablos había podido meterse?
Por ,un momento, pensó en que Kevin, harto de todo, había abandonado la comarca. Pero, sin dinero, ¿adonde podría haber ido?
Los perros ladraron súbitamente, con tal estridencia que , dio un salto

y quedó sentada en la cama '

Algún zorro, pensó, pero los ladridos de los perros no indicaban persecución del «robagallinas». ¿Qué era?

Apartó las ropas a un lado, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata, echando hacia atrás la gruesa trenza de su pelo. Luego corrió hacia la ventana. i
Asombrada le permitió ver un espectáculo

Aquel gigante...

Caminaba pesadamente, sin mover los brazos descomunales con los ojos encendidos como lámparas. Los perros saltaban a su alrededor, ladrando ferozmente, aunque asustados por instinto de aquel ser que suponían un enemigo más poderoso de-lo común.

De pronto, uno de los canes se arrojó contra el gigante y le mordió en una pierna. En el mismo instante, el brazo derecho del monstruo bajó con increíble rapidez y su mano destrozó el cráneo del perro de un solo golpe.

El can se desplomó instantáneamente. Los otros dos perros retrocedieron, aullando lastimeramente.

Pero Emma era una mujer resuelta. A veces, en el invierno. había tenido visitas de lobos.

Guardaba en la planta baja una escopeta y corrió en su busca.

Momentos después, abría la puerta de la casa. El gigante estaba a unos veinte metros, aterradoramente alto, ominosamente poderoso. Emma. impresionada, pero no asustada, hizo fuego.

La llamarada de los dos disparos la cegó un instante. Cuando pudo ver de nuevo, advirtió que el gigante había dado media vuelta y que se alejaba con el mismo paso torpe con que había llegado hasta la granja.

La noche era fresca, pero se sintió empapada de sudor. Presurosamente, entró en la casa, recargó la escopeta y se lanzó fuera de nuevo. Aquel monstruo había matado a uno de sus perros. Tenía que pagarlo, se dijo.

Corrió tras el gigante. De pronto, oyó una voz a lo lejos:
—Trifor. ¿dónde estás? ¡Por todos los diablos, ven aquí! ¿Me has oído, Trifor? ¡Obedece, soy tu amo! Vamos, ven...

Emma se quedó helada. La voz. indudablemente, pertenecía a Quelbs. El cambio en la situación la hizo sentir miedo.

En silencio, empezó a retroceder. El gigante se alejó, hasta perderse en la oscuridad.
La voz de Qelbs continuó oyéndose:
—Tienes que aprender a obedecerme. Trifor. No me gusta que salgas por la noche sin mi permiso, ¿lo has entendido?

Incluso los perros, amedrentados, habían callado. Emma llegó a la casa, cerró la puerta y echó la tranca.
— Dios, qué miedo... —se lamentó.

Chorreaba sudor, a pesar de la temperatura más bien fresca. Fue a la alacena, cogió una botella y se sirvió una generosa dosis de aguardiente, que la entonó notablemente.
Pero ya no pudo pegar el ojo en el resto de la noche.

Desayunaron en el comedor de la posada, después de ha ber pernoctado en ella. Wendy les servía a la mesa, eficiente y amable, como de costumbre. Ya habían hablado con Carrón la víspera y el posadero conocía los motivos de la presencia de la pareja en el pueblo.
MacOwid. el alcalde, también había hablado con ellos. Dunkapton, dijo, estaba de parte de la muchacha. Harían todo cuanto estuviese en su mano para conseguir que Quelbs cediese en sus pretensiones.

—La verdad es que nos gustaría mucho más que se marchase de la comarca, pero, si no puede ser, al menos que consienta que la propiedad sea vendida. La casa resultaría útil sólo hasta cierto punto, para guardar aperos y herramientas, aunque. en caso contrario, ya construiríamos los edificios apropiados —había dicho MacOwid en la conversación sostenida con Violeta y su abogado.
De pronto, cuando ya terminaban, vieron que se paraba un «Land-Rover» frente a la posada. Una mujer se apeó. alta, fornida, de pelo muy negro, vestido con chaquetón, falda y botas muy recias. Llevaba un pañuelo en torno a la cabeza y parecía muy indignada.
—¡Caramba! —exclamó Wendy—. ¿Qué demonios ha venido a hacer aquí Emma Burke?
La puerta se abrió y Emma apareció en el umbral.
—Wendy. llama a tu patrón —ordenó—. Quiero hablar inmediatamente con él.
—Sí, sí... Está bien, señora Burke...
Emma lanzó una mirada a la mesa ocupada por los dos forasteros.
— Ella es la propietaria de Frankapton House —añadió Wendy, a la

vez que echaba a andar hacia el interior.
—Violeta Dunbar. señora...
—Burke. Emma Burke —-contestó la mujer—. De modo que es la dueña de una propiedad que no puede vender.
— Intentamos conseguir que las cosas cambien, señora
— sonrió la muchacha--. Permítame presentarle a Ralph Carril!, mi abogado.
—¿Cómo está, señora0 —saludó el joven.
Carrón hizo su aparición en aquel instante.
—¡Emma! —exclamó—. ¿Sucede algo?
La mujer se volvió hacia Carrón.
—Sí, sucede algo —contestó—. Esta noche el maldito gigante de Frankapton Housc hizo una visita a mi granja y mató a uno de ruis perros.

CAPITULO VII

Emma se había sentado a la mesa ocupada por Violeta y Cahill y estaba tomando el café que le había servido Wendy. Ál cabo de un rato, pareció calmarse. Respiró profundamente y dijo:
—Los perros me despertaron. Primero creí que se trataría de alguna zorra, pero cuando me levanté, lo vi, tan cierto como que les estoy viendo a ustedes. Por si fuese poco, esta mañana he visto también sus pisadas en la Tierra... ¡Por Dios, deberíamos hacer algo, incluso quemar al gigante resucitado! ¿No te parece, Alvin?
Carrón se acarició pensativamente el mentón.
—Emma, yo no soy quien para tomar decisiones —respondió—. Tendría que celebrarse una reunión del consejo municipal...
—¡Pues convócalos, por todos los diablos! —De pronto, la señora Burke pareció arrepentirse de su impulso—. Dispensen —rogó, algo más amansada—. No pude contenerme, pero... tendrían que haber visto al gigante... Mató a mi perro, aplastándole la cabeza como si fuese una nuez... Y era mi perro favorito y yo lo había criado...
—Repórtate, Emma —solicitó el posadero—, A ellos también les interesan las cosas que suceden aquí.
—Pero ¿de veras creen en la existencia del gigante? —se asombró Cahill.
—Yo lo vi —dijo Carrón gravemente—. Del testimonio de Emma, creo, no se puede dudar.
Emma tomó otro sorbo de café.

—El lo llamaba... Lo oí con toda claridad; le reñía por ser desobediente... No fue ningún sueño, ninguna pesadilla... «Kashoo», mi perro, está todavía en la granja, con el cráneo reventado...
—Resulta increíble la existencia de un gigante, creado por la mano del hombre. Pero más lo es aún que haya podido resucitar después de trescientos años —exclamó Violeta.
—Bueno, si se piensa que es de una raza especial, la cosa ya no parece tan extraña —dijo Carrón.
— Hace tres siglos, un hombre dado a la alquimia y a la nigromancia, «fabricó» un ser viviente, de tres metros de altura —murmuró ¡a joven pensativamente—. Si eso es cierto, resultaría que el cuento de Mary Shelley tenía una base en qué apoyar sus fantasías.
—¿A qué cuento te refieres, Violeta? —preguntó Cahill. —Frankenstein.
Hubo un momento de silencio. Wendy oyó la respuesta y se santiguó rápidamente varias veces.
—Dios mío, un doctor Frankenstein... a una milla del pueblo —se aterró el posadero.

Emma pareció impresionarse también, pero se rehízo casi en el acto.
—Frankenstein o no, esc bastardo me pagará el perro, muerto por su bestia de dos patas. Sin contar con la leche que se ha cortado a dos de las vacas. Las gallinas andan como locas; me extrañaría mucho que hoy pusieran un solo huevo. Eso es dinero que pierdo y no pienso perdonarlo —exclamó vivamente. Cahill alzó una mano.
—Por favor, ¿quiere dejar este asunto en nuestras manos, señora Burker? La señorita Dunbar y yo pensamos ir a Fran-kapton House esta misma mañana. Tenemos la intención de agotar todos los procedimientos, para conseguir que Quelbs ceda en su pretensiones y permita la venta de la propiedad. El perro ya no volverá a la vida... y quizá usted irritaría a Quelbs innecesariamente. Le prometo ocuparme también de los daños recibidos. ¿De acuerdo?

Emma se volvió hacia el posadero y le consultó con la mirada. Carrón movió la cabeza afirmativamente.
— El señor Cahill entiende de estas cosas —dijo.
— Conforme. —T-innia sonrió—. Vayan luego a verme a la granja: mataré un buen pollo y lo guisaré con acuardiente. Se chuparán los dedos, se lo garantizo.
Se puso en pie y tendió la mano sucesivamente a los dos forasteros. Luego miró a Carrón,
—¿Has hablado con Glenda Waske Alvin?
— Si, se lo he dicho —respondió el aludido.
—Entonces, no hay mas que comentar sobre el asunto.
Emma se marchó con paso decidido Instantes más tarde. ha'cía arrancar el <<L.and-Rover».
—Una mujer de una pieza —comentó Canon,
—Y atractiva, ¿no? —dijo Wendy con una risita.
Carrón se puso colorado. Carraspeó un poco y movió la mano.
—Recoge todo —refunfuñó—. Todavía tengo que hablar con los señores. Y no te quedes a escuchar detrás de las puertas.
—Si, señor. A, la orden, señor —contestó !a sirvienta burlonamente.
Carrón meneó la cabeza con aire de disgusto.
—Es muy desenvuelta, pero también muy activa —dijo—. De lo contrario, ya habría despedido.
—Tiene su carácter —sonrió Cahill--. Señor Carrón, creo que tenía que hablarnos del gigante
El posadero agarró una silla y se sentó a horcajadas.
—Sí. quiero hablarles del gigante, para que estén advertidos cuando se enfrenten a Quelbs —respondió.

_El coche describió una curva y se detuvo ante la puerta principal. Dentro de la casa, sonaron unos fuertes ladridos, —«Azrael» —dijo Violeta, ya fuera del automóvil. —¿Un demonio? —se asombró Cahill.

— Es el perro de Quelbs. El, sin embargo, dice que es muy manso. De todos modos, yo no me fiaría...
La puerta se abrió bruscamente. Una mujer de edad indefinible, con el cabello gris, apareció en el umbral. —Ah, señorita Dunbar —dijo Helen Prisby. —Deseo hablar con el señor Quelbs —manifestó la mucha cha —. Me acompaña mi abogado, el señor Cahill.
Los menudos ojillos del ama de llaves escrutaron penetrantemente el rostro del joven.
—El señor Quelbs está ocupado en estos momentos —dijo la mujer—. De todos modos, le informaré de su presencia. Violeta dio un paso hacia adelante, pero se detuvo bruscamente. —El perro...
—Ya está encerrado, señorita. Pasen, por favor. Momentos después. Violeta y su acompañante estaban en el salón, junto al fuego. Cahill tendió las manos hacia las llamas.
—La casa es agradable —dijo.
—El ocupante la hace todo lo contrario —respondió ella—. Ralph, ¿qué le vamos a decir? —Déjelo de mi cuenta. ¿Entendido? —Sí, confío en usted.
Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se abrió la puerta y, Quelbs apareció en el umbral.

—Señorita Dunbar... Celebro conocerle, abogado Cahill —saludo con notable cortesía.
Es un placer reciproco —contestó el joven—. Señor Quelbt, supongo que conoce los motivos de nuestra presencia en ésta casa.
—Desde luego. ¿Ha traído usted el nuevo contrato de arrendamiento?
—Sí. No obstante, quisiera hablar...
—Abogado, lamento mucho parecer grosero, pero no tengo el menor interés en hablar de un asunto que considero zanjado definitivamente. El contrato, por favor.
Violeta se picó.
—No quiere parecer grosero, pero ni siquiera nos ha ofrecido una silla, por no mencionar una copa o una taza de té —exclamó, muy irritada.
Quelbs se inclinó.
—Discúlpeme — rogó—. Casi tenía la mente en otro sitio... Ustedes me han sorprendido en medio de un trabajo muy interesante...
—Tal vez de la misma índole que el que hacía en la Mándale Machinery —dijo Cahill.
Quelbs estaba llenando ya las copas y se volvió.
—¿Cómo lo sabe? —preguntó.
—Amigo mío. usted se está poniendo en un pian de absoluta intransigencia con respecto a Frankapton House —contestó el joven sin inmutarse—. Admitimos que quiera seguir aquí a toda costa, pero no que se niegue a permitir la venta de la propiedad.

—¡No, eso no! ¡Nunca! —dijo Quelbs con gran apasionamiento.
—En el contrato de venta podría, incluso, quedar excluida la casa, despojándola de su vinculación pro-indiviso con el resto de las tierras —alegó el joven—. Se le podría conceder a usted una pequeña porción de terreno, espacio más que suficiente para sus necesidades. Pero, ¡por Dios!, no se puede permitir que dos mil hectáreas de tierra fértil queden baldías.
Quelbs puso las copas sobre la mesa.
—Tiene usted, soy absolutamente intransigente. No quiero que nadie curiosee por los alrededores de la casa. Las tierras se infestarían de animales de labranza, de tractores, de máqunas diversas... Los agricultores estarían metiendo continuamente las narices en mis asuntos... ¡No, no puedo soportar ni siquiera esa hipótesis...
Quelbs jadeaba y tenía la frente llena de sudor. Cahill se
preguntó a qué podía deberse aquella terrible excitación. —En tal caso —dijo—, temo que habremos de recurrir a procedimientos extremos, aunque, por supuesto, sin salimos de la ley.
—¿Qué procedimientos? —preguntó el sujeto altaneramente.
—En primer lugar, se podría intentar el proceso de expropiación forzosa. Costaría, pero creo que ganaríamos el pleito.
—¿Qué más. abogado?
—Su gigante.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto. Quelbs lanzó una estentórea carcajada.
—¿Pero ustedes también creen en esa disparatada historia, inventada por las estúpidas mentes de unos cuantos aldeanos?
—Anoche, su gigante, llegó a la granja de la señora Bur-ke y mató a uno de sus perros. Aparte de otros daños, sufrimos por sus animales, ella piensa pedir daños y perjuicios.
—Esa mujer está... —Quelbs se mordió los labios—. Estoy dispuesto a afrontar todos los pleitos —añadió.
—Pero, hombre, sea sensato —se encrespó Cahill—. Es la mejor oferta que podría recibir. Respetaríamos la casa; al tener menos extensión de terreno, el alquiler sería mucho menor...
Violeta alzó la mano repentinamente.
—Hay algo que sí nos gustaría saber —intervino--. ¿Qué clase de relaciones existieron entre usted y mi tío Ben?
Quelbs apreció perder el habla durante unos instantes.
—Bueno... —dijo al cabo—, éramos muy amigos...
—Tanto, que fue su padrino en la ceremonia de boda con Meg Masters.
—¿Quién le ha dicho...? —aulló el inquilino, fuera de sí.
—Hemos investigado su pasado. No hay nada deshonroso, por

supuesto, pero sí algunos detalles que no parecen digamos correctos.
—Gané el pleito contra la Hartdale —protestó Quelbs.
—Lo sabemos. Por ese lado, no tiene nada que reprochar-

¿Qué había entre usted
se. Pero, insisto —dijo Violeta-mi tío?
—Nos conocíanlos desde hacía algunos años. Cuando se produjo mi percance con la Hartdale. él me ayudó desinteresadamente. Por entonces, yo estaba ya a punto de casarme con Meg. Para darle una muestra de mi aprecio y como gra-titud por lo que había hecho en mi favor, le pedí que fuese mi padrino de boda.
—¿Y después?
—Continuamos siendo amigos hasta el día de su muerte
—Pero él vivía aquí...
—Nunca lo he negado.
—¿Por qué se decidió a abandonar Londres tras su matrimonio?
—Ben conocía mis investigaciones v me dijo que Frankap ton House era el ugar más apropiado para trabajar sin temor a ser molestado. Nos trasladamos aquí y...
—¿Qué investiga usted, señor Quelbs? —preguntó Cahill de sopetón.
Los ojos de distinta coloración del hombre se volvieron hacia Cahill.
—Es asunto mío y no tengo por qué dar explicación a nadie —respondió. Cahill se puso en pie.
— Lamentamos mucho su obstinación, pero en vista de las circunstancias, no nos queda otro remedio que anunciarle una demanda de anulación del contrato y de la cláusula del testamento otorgado por el difunto Ben Sharphane. En su debido momento, señor Quelbs, se |e hará la notificación en la forma prescrita por la ley. Mientras tanto, dése por enterado de nuestros propósitos al respecto.
—Me doy por enterado, pero no conseguirán nada —respondió Quelbs secamente.
— En Inglaterra, los jueces fallan siempre en favor del que tiene la razón, nosotros en este caso —dijo el joven sin inmutarse—. Vamonos, Violeta.
-En -dijo Quelbs de repente-. Se marchan sin darme el nuevo contrato para que lo firme. Tengo incluso preparado el cheque con la renta anticipada de un año.. Cahill se volvió hacia el sujeto.
— En la situación en que nos encontramos, la señorita Dunbar no puede propiciar la firma de un nuevo contrato ni menos aceptar dinero que pudiera inEluir en su día, en el veredicto del tribunal. Mientras usted no desista de su actitud, todo seguirá igual.
—Tratan de conseguir cartas a su favor —dijo Quelbs despechadamente.
— Lógico, ¿no? —sonrió Cahill.

CAPITULO VIII

A unos seiscientos metros de la casa, el camino se bifurcaba hacia el Norte. Todavía se encontraba a la altura suficiente para distinguir en la lejanía los edificios de la granja Burke.

Cahill tomó por el nuevo camino, aunque redujo la marcha, ya que el piso era muy irregular. Durante un buen rato. permanecieron en silencio, sumidos ambos en sus respectivos pensamientos. Fue Violeta, sin embargo, la primera en hablar.

— Ralph, es que no hago más que darle vueltas a la cabeza y no consigo entenderlo. ¿Por qué esa obstinación en mantener el actual statu quo? Usted le ha hecho una oferta ventajosísima. con la que estoy de acuerdo, ya que no se me había ocurrido. Otro, en sus condiciones, se habría apresurado aceptar de inmediato, pero él no. no quiere de ninguna manera. ¿Por qué?

—A mí también me gustaría conocer sus razones —respondió el joven —. Es indudable que, en el fondo, hay algo más que un deseo de tranquilidad total, sin agricultores moviéndose por los alrededores. ¡Caramba, pero si hasta resultaría agradable ver los campos sembrados, produciendo diversos frutos...! Incluso él resultaría beneficiado, va que podría comprar a muy bajo precio...
—A pesar de todo, no cede. Prefiere afrontar un pleito, aun a sabiendas de que el juego está en su contra. Ralph, se lo digo con sinceridad, me siento muy desazonada...

— La comprendo. Violeta. Sin embargo, creo que debiéramos fijarnos en un detalle que. me parece, es esencial. Lo ha dicho él. de modo que no podemos dudarlo.
—Siempre que no haya dicho una mentira —exclamó ella con sorna.
—No. Vino a Frankapton House para investigar. Era un ingeniero de cualidades sobresalientes, casi un «genio» en su especialidad. Pero tuvo aquel tropiezo y. aunque ganó, debió de quedar muy resentido.

—Ese no me parece argumento demasiado consciente. Recuerde que ganó el pleito y se casó, todo casi al mismo tiempo. Meg era una mujer enormemente bella y tenia todas las cualidades para hacerle feliz. Tendría que haber olvidado el suceso, ¿no cree? —Quelbs no estaría siempre en los brazos de su esposa. Además, para ciertos caracteres, el amor de una mujer hermosa no es suficiente para olvidar determinadas contrariedades. La pregunta. Violeta, es: ¿Qué investiga en Frankapton House?

—Quelbs no es biólogo --dijo ella.

— Oh. no. claro que no.
— Pero sí ingeniero. —Sin duda alguna.
—Entonces, ya tenemos la explicación del gigante. —¿Cómo?
— Es un robot.
Cahill se quedó muy pensativo. Al cabo de unos momentos, asintió.
— Es posible. Pero... —Diga, Ralph.
—Emma le oyó hablar con el gigante, reprendiéndole como si fuese un chiquillo. Le dijo que debía obedecerle y que era su amo. Incluso le aplicó un nombre: Trifor. ¿Puede hacerse eso con un robot?
—No lo sé, no soy experta en la materia. Pero si se han efectuado determinadas grabaciones en sus circuitos...
—Los ordenadores actuales obedecen a señales previamente codificadas y no a la voz humana. Sí. se están haciendo ensayos sobre el particular, pero, hasta ahora, no han pasado del terreno experimental.
— ¿Y qué es lo que hace Quelbs. sino experimentar? Cahill calló, abrumado por la irrebatible lógica de la muchacha.
-El hombre vio que había fuego en la naturaleza, rayos incendiando árboles, volcanes en llamas... y experimentó. hasta que consiguió encender el fuego por sí mismo. Vio también que las piedras redondas y los troncos de los árboles rodaban con facilidad, y experimentó hasta que descubrió la rueda. Un día, se le enganchó la espina de un pez pescado a mano y descubrió el anzuelo. Vio las telas de araña, donde quedan prendidos los insectos, y descubrió la red para pescar y cazar animales. los ejemplos son infinitos, Ralph, y posiblemente. Quelbs es uno más, aunque no el último -elijo Violeta casi de un tirón.

El joven asintió.
—Sí. es posible que tenga razón. Habría que averiguarlo. pero, ¿como?
Callaron de nuevo, luego. Violeta exclamó alegremente:
— Quizá encontremos la solución, después del pollo guisado con aguardiente que nos espera en la granja de Emma Burke.

Se metió en la cama y apagó la luz. Mientras fumaba cigarrillos, pensó en las horas transcurridas en la granja. Emma les había enseñado las huellas del gigante.

Indudablemente, era un gigante, porque las pisadas eran de una longitud desmesurada. Además, se hundían casi dos pulgadas en el suelo blando y húmedo. Y. por si fuese poco, usaba zapatos, naturalmente, apropiados a las enormes dimensiones de sus pies.

—¿Un ser criado artificialmente o un robot? —se preguntó.
Fuera reinaba un silencio absoluto. Cahill notó que le vencía el sueño

apagó el cigarrillo en un cenicero próximo.

Bruscamente, oyó un ligero chasquido en la puerta, por la que penetró un largo hilo de luz. procedente del pasillo. Asombrado, se incorporó como un sobre un codo.
Fa puerta se abrió un poco más y la silueta de una mujer se recortó nítidamente contra el fondo iluminado. Ella tenía algo en las manos, a juzgar por la posición de sus brazos en la silueta, que no permitía captar de momento más detalles.
Fuego, la puerta se cerró la visión desapareció momentáneamente de las retinas del joven. Entonces oyó una voz susurrante:
—Señor Cahill. ¿está despierto. Por favor, no hable demasiado alto: soy Wendy...
— ¡Wendy! — exclamó él. sin poder contenerse — , Pero ¿qué diablos...?
— Se lo ruego --insistió ella—. Hable bajo, no levante demasiado la voz.
— Está bien. pero, al menos, podré dar la luz.
— Eso sí. desde luego.
Cahill alargó la mano y presionó el interruptor de la lámpara de cabecera. Wendy. con el pelo rojizo completamente suelto, se hizo visible, sonriendo amistosamente.
—Quería decirle algo, pero a solas, señor Cahill —manifestó—. Este es el único momento en que no podrán vernos...

El joven se sentía incómodo. Wendy llevaba puesto solamente un camisón muy corto, con muchos encajes y lazos. pero tan fino como una tela de araña. Así podía apreciar que era la única prenda que cubria su cuerpo opulento, de formas sensuales y rotundas.

En las manos sujetaba un frasco de medianas dimensiones, menor que una botella común. Al cabo de unos instantes. avanzó desde la puerta y se sentó en el borde del lecho.
— ¿Le he asustado, señor Cahill?
— No, pero estaba a punto de dormirme...

— Me iré pronto, por supuesto. Sólo quería decirle que... ¿Usted cree en la historia del gigante de Frankapton House ?

La atención del joven se excitó inmediatamente. —¿Qué sabes tú ?— preguntó a su vez.. —¿Yo? —Wendy soltó una risita—. Lo que dice la gente. pero me gustaría oír la opinión de un experto... —Sólo soy abogado, no médico ni ingeniero.
— ¿Y si fuese una máquina con figura humana?
— Difícil, aunque no imposible. Pero sería preciso examinarlo muy de

cerca y, desde luego, asegurándose de que no iba a ser atacado.
— A usted le gustaría hacerlo, ¿no? Cahill miró con desconfianza a la criada.
—Wendy. ¿qué es lo que pretendes? —inquirió.
— Lo que pretende todo el mundo: conseguir que Quelbs abandone Frankapton House para siempre y que la dueña pueda vender su propiedad.
-Es un deseo muy loable, pero ¿qué beneficios obtendrías tú de esa operación?

Wendy sonrió maliciosamente. Era muy joven, poco más de veinte años, pero Cahill descubrió de pronto en ella cierta dosis de astucia y perspicacia que no se compaginaban en modo alguno con su aspecto de chica aldeana, robusta, hermosa y sana, pero Iletrada. Eran cualidades naturales, se dijo, que no se adquirían en ninguna escuela.

— Dunkapton, el pueblo, se reanimaría —contestó Wendy—. El señor Carrón no quiere demostrarlo, pero está loco por mí. Lo que sucede es que teme a mis familiares como la peste. Y tiene razón: son una cuadrilla de parásitos... Pero la posada conocería un nuevo auge y yo. convertida en la señora Carrón, ya sabría mantener a raya a mis parientes. ¡A buena hora iba a consentir que se aprovechasen de lo mío!
—Sí. pero si quieres que Carrón se fije en ti...
—Cuando llegue el momento, ya sucederá —afirmó Wendy con notable desparpajo—. Y, desde luego, se acabaron las visitas a la viuda Burke. Yo tengo un aspecto infinitamente mejor que ella, ¿no cree?

Cahill estudió críticamente la rotunda figura de la muchacha y aprobó con movimientos de cabeza.
— Sobre eso no cabe la menor duda - contestó.
— Y ahora, ¿le gustaría saber el método para entrar en Frankapton House sin que se entere el ínquilino?
— ¿Hay un medio? -preguntó Cahill. alzando las cejas.
— Estuve sirviendo casi un año, cuando aún vivía la pobre señora Quelbs. Yo tenía quince años entonces, pero llegué a conocer la casa como si la hubiera construido con mis propias manos.
— Magnífico. Vamos, Wendy. dime cómo se entra... Ella sonrió.
—¿Por qué no tomamos antes una copita? Enseñaba la botella incitantemente. mientras quitaba el tapon. Cahill contempló el licor ambarino que había en el interior del recipiente.
—¿Qué es? --preguntó.
-Aguardiente elaborado en persona por papá Millgate. Es lo único que sabe hacer mi padre.

— Ah. ya...
— Tome, pruebe, aunque sea sin vaso... Cahill tomó unos sorbos. El licor era Fortísimo, pero, al mismo tiempo, poseía un aroma y un sabor realmente exquisitos. Tosió un par de veces, se recobró, bebió otro poco y devolvió la botella a la muchacha.
— Es muy bueno—elogió.
— Se lo diré asi a mi padre.
— Podrías montar una destilería y se forraría no te parece?
— Entonces, tendría que discutir con los agentes del Fisco y no le gusta esa perspectiva —rió Wendy—, Oiga, si va a Frankapton House. ¿investigará lo del gigante?
-Por supuesto. Pero aún no me has dicho cómo se puede entrar allí...
Wendy se lo explicó. Cahill consideró un poco la propuesta.
-Quelbs debe de conocer también esa entrada secreta dijo al cabo.

— Por supuesto, pero cree que no la conoce nadie más. Yo se lo oí discutir así con el difunto señor Sharphane.
— Parece ser que entonces ya te gustaba escuchar detrás de las puertas. ;,no?
Wendy le guiñó un ojo.
— Siempre se oyen cosas interesantes. ¿Irá usted?
— Bueno, ya me lo pensaré... Debo consultarlo antes con mi cliente...
— Ah. la chica de Boston. Le dirá que sí. seguro. Filia está deseando vender, para cobrar y largarse de nuevo a su pais.

De pronto, Cahill sintió una especie de mareo, muy ligero, nada dañino. Le pareció que la habitación oscilaba ligeramente. Pero se le pasó en seguida.

Wendy le miraba con la sonrisa en los labios. El sonrió también.
— Eres muy hermosa —dijo. -Gracias. Apague la luz. por favor.
—Te vas ya eh?
Cahill apretó el interruptor. Pero, de pronto, sintió en pleno rostro el cálido contacto de dos globos carnosos, filmes. henchidos Quiso decir algo y entonces notó que la boca de Wendy buscaba la suya,

Oyó un susurro de tela. Wendy estaba quitándose el camisón. Extendió los brazos. La carne de la muchacha era prieta olia a Elores silvestres, a hierba fresca... Wendy jadeó. encendida de deseo. Momentos después, sus uñas se clavaron en la espalda del joven, pero él no sintió nada, inmerso en el estallido de fuego de la pasión.
* * *
— ¿Tiene intención de volver a Londres? —preguntó Cahill a la hora del desayuno.
—¿Qué podemos hacer ya aquí? --contestó Violeta

desanimadamente- .

Usted ya conoce las respuestas de Quelbs.

Se niega en redondo a cualquier transacción. Bien, no nos queda otro remedio que acudir a los tribunales.
-Conforme, pero no tiene importancia que volvamos un dia antes o después —dijo él.
— No. lo mismo da. Ralph, ¿qué se propone usted? Cahill tomó un sorbo de té antes de contestar.
— Tenemos que averiguar exactamente qué hace Quelbs en la casa —dijo por fin.
— Investigaciones...
— Esa palabra encierra muchos significados. Se pueden investigar tantas cosas...
— Indudablemente, pero es que no se me ocurre nada más, Ralph.
— El asunto está en el gigante. ¿Es un ser creado artificialmente o un simple robot? Porque el contrato de arrendamiento no menciona para nada que se puedan realizar en la casa trabajos que resulten peligrosos. Y la falta de esa cláusula podría ser motive suficiente para una rápida rescisión del contrato. Entonces, con un mandato judicial en la mano, Quelbs no tendría más remedio que levantar el campo.
-Todo eso está muy bien, pero debo hacerle una objeción: Quelbs no nos permitirá que averigüemos la verdad.
— Lo haremos sin su permiso. -- ¿Cómo. Ralph?
-Sé dónde se puede entrar en Frankapton House sin que se entere su inquilino — respondió Cahill. Violeta casi dio un salto en la silla. — ¿Cómo lo ha averiguado. Ralph? Wendy se acercó en aquel momento.

— Desean algo más? —preguntó con acento impersonal.
La muchacha se comportaba con entera naturalidad, como si no hubiese pasado la mayor partre de la noche en la cama de Cahill. El joven agradeció silenciosamente su comportamiento.
-Tengo mis propias fuentes de información —respondió. Wendy se retiró, con la bandeja en las manos. Sonreía complacida

Cahill iría a Frankapton House.

CAPITULO IX

Los perros ladraron fuertemente. Emma Burke se secó las manos con el delantal y acudió a abrir. Su sorpresa fue enorme al reconocer a su visitante.
—¿Qué quiere usted? —preguntó desabridamente.
—Señora, en primer lugar, deseo expresarle mi sentimiento por lo ocurrido hace dos noches —manifestó Quelbs—. Después, quiero decirle que me gustaría indemnizarla por la pérdida de su perro.
— Más unos cuantos galones de leche y bastantes huevos.
— Muy bien, dígame su importe y le pagaré...
—No. no aceptaré nada, que no me sea otorgado por el tribunal.
Quelbs respingó.
— ¿Quiere decir que piensa presentar una demanda contra mí?
— Y contra su maldito gigante —contestó ella con gran vehemencia—. Quiero que lo expulsen de la comarca, que la dueña pueda vender su propiedad y que el pueblo pueda beneficiarse de las tierras que usted no cultiva. De este modo. le echarán a usted, puede.tenerlo por seguro.

Quelbs hizo un vivísimo esfuerzo por dominar la ira que sentía.
— Pero usted tiene sus tierras, no están afectadas en modo alguno por este asunto...
— Puede que le hayan dicho pestes de mí. y quizá tengan razón, pero en otros aspectos soy muy distinta a como me cree la gente. No. señor Quelbs no conseguirá ablandarme
con excusas y unas pocas libras. Si sabe lo que le conviene hará el equipaje y se marchará cuanto antes de la comarca. Y ahora, dispense, pero tengo trabajo...

La puerta se cerró bruscamente. Ciego de ira. Quelbs levantó el puño para aporrear la madera, pero logró contenerse en el último instante.
—Zorra, lo pagarás caro —dijo entre dientes.

Giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido a campo traviesa. Mil metros más adelante, se introdujo en un trozo de bosque particularmente espeso.

«Azrael» estaba atado a un árbol y lo soltó. Lo había dejado allí, para evitar posibles peleas con los perros de la granjera.
El animal se sentía muy nervioso. Tenía motivos para ello. A pocos pasos de distancia, apenas visible, se hallaba el gigante, completamente inmóvil.

Quelbs se acercó a él y le miró fijamente.

— A la noche —dijo, lacónico.
Los ojos del gigante se iluminaron fuertemente durante un segundo. Luego recobraron una apariencia normal.
Quelbs chasqueo los dedos.
—¡Vamos. «Azrael»!

El perro saltó alegremente al verse libre de la proximidad con el gigante. Poco después. llegaron a un altozano, desde el que se divisaban los edificios de la granja.

Quelbs se volvió y levantó el puño.
— No debiste rechazar mi oferta —dijo, como si Emma pudiera escucharle.

Los canes ladraron estridentemente. Emma despertó sobresaltada. maldiciendo con palabras que tenían muy poco de académicas.
— Ya está ahí ese maldito gigante... Por todos los rayos, vaya una manía que ha tomado con mi granja...

Saltó de la cama y empezó a ponerse la bata, lino de los canes emitió un lastimero aullido, que se apagó casi en el acto.
— ¡Otro perro! —gritó Emma descompuestamente—. La otra noche se me escapó ese horrible monstruo, pero hoy...

La casa retembló inesperadamente. Lmma percibió con toda claridad el crujido de las maderas de la puerta, rotas por una fuerza irresistible. Más cosas se rompieron y Emma se enfureció hasta casi perder la razón.
— ¡Me va a destrozar la casa! - vocifero, completamente fuera de sí.
La escopeta seguía abajo, en su sitio. Ahora le dispararía de más cerca. Ni siquiera un gigante podría resistir una doble descarga de postas hecha a dos pasos de distancia.
Corrió desalada, en busca de la escalera, con la bata aleteando tras ella. Los ruidos de destrucción resultaban ensordecedores.
Cuando se asomó desde la escalera, vio un espectáculo que la hizo dudar de sus sentidos.

El gigante tenía un enorme mazo en las manos y se dedicaba a romper todo lo que se ponía a su alcance. Puertas. ventanas, muebles, todo estaba cayendo bajo la furia devastadora de aquel monstruo.

En los establos, las vacas mugían de terror. Las gallinas cacareaban estridentemente. Por un momento, Emma se sin tío llena de pánico, pero, rehaciéndose, continuó el descenso. en busca de la escopeta, que estaba colgada de un clavo. encima de la gran chimenea de

piedra.
Alargó los brazos hacia el arma. Entonces supo que el gigante la había visto.
Desesperada, intentó empuñar la escopeta. Mientras, volvía los ojos hacia el atacante. Entonces vio que el enorme mazo describía una gran curva en el aire.

El alarido de terror de Emma quedó cortado bruscamente por el impacto del mazo. Segundos después se oyó un terrible estruendo.
La chimenea de piedra se había derrumbado a consecuencia de un fenomenal mazazo. Todavía quedaban algunas brasas en el hogar y parte de los carbones encendidos saltaron al pavimento de madera.

Las tablas, muy cuidadas y relucientes de cera, eran viejas, sin embargo. A los pocos instantes, empezaron a humear.

Pareció como si el gigante presintiera la inminencia del peligro, porque dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. La puerta estaba medio en ruinas, pero él empujó con ambas manos y derrumbó un trozo de pared.

Momentos más tarde, penetró una racha de aire frío por la abertura y su soplo avivó las brasas, de las que nacieron a poco unas delgadas Mamitas. Las lenguas de fuego oscilaron tímidamente al principio, pero no tardaron en adquirir un mayor tamaño. Muy pronto empezaron a extenderse inconteniblemente.
— Así pues, estás resuelta a venir conmigo.
— No me lo perdería por nada del mundo. Además, recuerda que es mi casa —contestó Violeta.
Cahill suspiró.
—Espero que no resulte peligróso.
—¿Tienes algún arma?
—No. no las uso nunca. Lo único que me llevaré será una linterna. Resultará de utilidad cuando nos encontremos en lugares oscuros.
—¿Estás seguro del punto por donde debes entrar en Frankapton House?
—Sí. Incluso tengo un croquis... No nos extraviaremos. descuida.
— Ralph, si nos encontramos con el gigante., —dijo ella. repentinamente aprensiva.
—Mi opinión personal es que se trata de un robot. La máquina no será tan inteligente como el ser humano. Podremos derrotarlo, créeme.
— Asi sea —murmuró Violeta.

Agarró el chaquetón y se lo puso. Luego se encasquetó un gorro de lana de vivos colores, por debajo del cual estaban algunos rizos

rubios. Además, llevaba pantalones y fuertes botas de media caña.

Cahill la contempló sonriendo.
— Estás encantadora - dijo.
— Pregunta de ritual, a una frase no menos ritual: ;.A cuántas les has dicho lo mismo?
El joven se echó a reír.
—Si uniera que liarte todos sus nombres, no nos moveríamos de aquí en un año —contestó jovialmente—. ¿Vamos?

Salieron al pasillo y se encaminaron hacia la escalera. Cuando iniciaban el descenso, Cahill oyó un ruidito muy leve a sus espaldas.

Volvió la cabeza un instante. Había una puerta entreabierta y sólo podía ver un ojo y los dedos de una mano, que se agitaban en un silencioso saludo.
«No puede dominar el vicio de escuchar detrás de las puerta. pensó.

Momentos después se disponían a abrir la puerta de la calle, entonces. de modo súbito, se oyó a lo lejos un terrible estruendo.

Parecía como si alguien hubiese lanzado un pedrusco de gran tamaño contra una puerta, haciéndola saltar en astillas. Una mujer gritó espeluznantemente.
Los millos se repitieron. Cahill, después de la primera sor presa, abrió de golpe y se precipitó el exterior.

La única calle de Dunkapton estaba alumbrada apenas por media docena de farolas. Forzando la vista, consiguió divisar a lo lejos una figura humana de grandes dimensiones, que movía de una forma sumamente extraña.

Los ruidos se producían incesantemente. Eran crujidos de puertas astilladas y ventanas que se rompían en mil pedazos.
Una pared cedió, con gran estrépito de ladrillos destrozados.

Por todas partes sonaban gritos de pánico. Los vecinos,espantados, se lanzaron a la calle a medio vestir.
— ¡El gigante ataca! — vociferó uno.
— ¡Escopetas! —chilló otro—, ¡Se necesitan escopetas!

Lenta e inexorablemente, destrozando todo cuanto se ponía al alcance de su descomunal mazo, el gigante proseguía su avance. Encontró un automóvil en el camino y hundió el techo con sólo un golpe.

Un perro intentó atacarlo. El gigante soltó el mazo en parte, se inclinó,

agarró al can por una pata y lo lanzó por encima de los tejados de las casas. El aullido de terror del animal se perdió muy pronto en la noche.
Una escopeta tronó, pero sus perdigones resultaron ineficaces contra el monstruoso individuo.

El autor del disparo tuvo que escapar a la carrera, para evitar ser alcanzado por el vengativo mazo del gigante,

De pronto. Cahill se dio cuenta de que el gigante se desviaba en su camino v que parecía dirigirse rectamente hacia ellos.
— ¡Corre. Violeta! —gritó.
La muchacha no se hizo de rogar. Al menos, pensó él.tenían cierta ventaja sobre el gigante: la velocidad de sus piernas. El gigante no alteraba el ritmo de su marcha por ningún
motivo.

La muchacha no se hizo de rogar. Al menos, pensó él. tenían cierta ventaja sobre el gigante: la velocidad de sus piernas. El gigante no alteraba el ritmo de su marcha por ningún motivo.

Dos valientes cargaron contra el por la espalda, sosteniendo un largo tronco a guisa de ariete. El gigante pareció adivinar sus intenciones y se volvió en el acto. Bastó un manotazo. para que el tronco volase por los aires y los dos hombres cayeran dando vueltas. Pero no habían sufrido más daños y pudieron esquivar los siguientes mazazos del monstruo.

Situado en una esquina. Cahill aguantó todo lo que pudo. El gigante pasó bajo un farol y ello le permitió contemplarlo a su sabor. El rostro, pese a todo, no tenía nada de humano.

Los dedos de las manos estaban unidos, salvo el pulgar. en oposición, para formar una tena/a. Por tanto, dedujo, no era un ser vivo creado artificialmente, sino un robot.

Ahora bien, ¿qué utilidad tenía aquel robot?

Por qué lo había construido Quelbs?

El gigante se alejó, dejando ancho rastro de destrucción. Cuando terminó su recorrido, no había una sola puerta ni ventana sanas en ninguna de las casas.

Algunas mujeres estaban bajo los efectos de ataque de histeria. Dos hombres habían resultado heridos, aunque no gravemente.
—Al menos, no se han producido víctimas —dijo Cahill .momentos

más tarde, cuando la tranquilidad, relativa, hubo vuelto a la aldea.
Los hombres fueron acudiendo a la posada. Carrón empezó a servir bebidas, secundado por Wendy. Cahill se sentía irresoluto.

—No sé si será ya conveniente que vayamos, allí... —murmuró.

Repentinamente, se abrió la puerta de la posada y un hombre apareció en el umbral, gritando desaforadamente:
—¡A Emma Burke le debe de pasar algo! ¡Su granja está ardiendo de punta a punta!

CAPITULO X

Al amanecer se insinuó, lívido, ominoso, después de la noche de terror que había estremecido a la aldea. Los hombres. en lugar de volver a sus casas, empezaron a congregarse ile nuevo en la posada.

Se les veía serios, ceñudos. Cahill apreció que estaban dispuestos a acabar de una vez con aquella situación.
Emma Burke estaba muerta. Aun en su cadáver, horriblemente quemado, se podían apreciar las señales del golpe que había destrozado su cráneo.
Los establos y corrales, por fortuna, se habían salvado. Iiero la casa era ya sólo un montón de cenizas. Algunos de ios voluntarios que habían ido para apagar el incendio, habían encontrado huellas del gigante.
— Esto no puede seguir así —dijo uno de pronto—. Tenemos que acabar de una vez con esta situación.
— ¿Se te ocurre alguna idea? —preguntó otro.
— Tal vez Muir McOwid pueda darnos consejos —dijo Bi-iliiigs- . Pero lo cierto es que Evan McDruro tiene toda la razón.
— Vamos, alcalde, di algo —le apremió uno de los presentes.
Cahill obervó que Me Owid parecía indeciso. No era la persona más apropiada para dirigir la reacción del pueblo en aquellas circunstancias.
— Lo que tendríamos que hacer es ir a Erankapton y expulsar al inquilino —-propuso alguien.
—¿Podemos hacerlo legalmente? —preguntó Mahonny.

— Te preocupas ahora por la legalidad? No parece que Homcr Quelbs haya actuado de acuerdo con la ley.

Había terror, pero también cólera entre las gentes del pueblo, apreció Cahill. El miedo, se dijo, podía producir tanto una desbandada sin orden como reavivar el instinto de supervivencia. mediante la defensa activa. Eo cual significaba que si las gentes de Dtinkapton tomaban la segunda vía. podían producirse acontecimientos del todo imprevisibles y. más adelante. de funestas consecuencias.

Todo ello lo pensó mientras los hombres discutían con gran violencia, evidenciando el nerviosismo que los poseía. Pero ello también daba a entender su falta de decisión, porque no había una mente firme y clara que supiera dirigirlos.
—Sobre esto, quizá el señor Cahill pueda aconsejarnos —sonó de pronto la voz del posadero—. El es abogado y... ¿Qué nos dice usted, señor Cahill

El joven se sobresaltó. Durante unos segundos, se había abstraído en sus propios pensamientos. Ahora, muy incómodo. sintió fijas sobre sí las miradas de una veintena de hombres.
— Bueno, yo... perdonen, pero no prestaba mucha atención... — se disculpó.
—Estábamos diciendo que quizá McOwid tenga autoridad para actuar en este caso y comunicar a Quelbs una orden de expulsión, por indeseable —dijo Carrón.
—Como alcalde, es magistrado y tiene atribuciones legales que no le pueden ser ignoradas.

Mientras no actúe otra autoridad. él es el máximo representante de la ley en Dtinkapton
— respondió el ¡oven.
— ¿Has oído. Muir? -—gritó Mahonny.
— ¡Tienes derecho a expulsar a Quelbs de la vecindad!
— dijo otro.
—¡No queremos a ese miserable entre nosotros! --vociferó un tercero.
Billings puso la mano en el hombro del alcalde.
— Muir, es hora ya de actuar. Sobran las palabras, interesan los hechos —manifestó resueltamente—. El gigante pue
de ser muy fuerte, enormemente poderoso, pero nosotros so mos más de veinte.
— ¡Tenemos escopetas! —exclamó Boolh McThanna—. Más de diez y el gigante no es invulnerable.
—Además, hav un medio mejor para vencerlo —dijo Billings.
Todos se volvieron para mirarlo. Billings hizo una pausa para aumentar el efecto dramático de sus palabras y añadió:
— ¡El fuego!
Hubo un intercambio de miradas entre todos ios presentes. Cahill adivinó que se sorprendían de no haber caído antes en una solución aparentemente tan simple.
— ¡El fuego, sí! —exclamó uno.
— ¡El fuego, el fuego! —gritaron todos al unísono.
— Haremos antorchas... hay gasolina...

— ¡Muir McOwid. guíanos o no te miraremos jamás a la cara!

Cahill empezó a alarmarse. Aquello, se dijo, podía degenerarse en un linchamiento. Si los ánimos se excitaban, se produciría una catástrofe de horribles consecuencias. Hasta entonces, las gentes del pueblo habían vivido en el pánico. El mismo sentimiento de temor las impulsaría a actuar de una forma enloquecida, sin reparar en lo que pudiera suceder después.

— ¡Esperen! — gritó—. Quiero decirles algo.

Pero su voz se perdió en el tumulto que se había organizado. después de que Billings sugiriese el empleo del fuego. Al fin. el propio McOwid venció sus vacilaciones y se enea minó hacia la puerta.
— Escuchen todos —gritó - . El que tenga escopetas, que vaya a su casa a buscarla. Eos demás, reúnan latas de gasolinas; hagan antorchas con palos y trapos... y vayan todos a la salida del pueblo. Que nadie salga, sin que nos hayamos reunidos todos y que nadie, tampoco, desobedezca mis instrucciones.
Sonaron aplausos y voces de aprobación. En tinos según dos. la taberna quedó completamente desierta.

Hasta Carrón se quitó el mandil, para unirse a sus convecinos.
Cuando salía, se volvió hacia los forasteros.
— Venga conmigo, abogado propuso Cahill meneó la cabeza.
—Temo que lo que van a hacer ustedes tenga muy poco que ver con la ley. Me niego a tomar parte en unos actos que quizá, un día. puedan ser juzgados ante los tribunales. '
Carrón se encogió de hombros y salió. Cahill se volvió hacia Violeta, silenciosa hasta aquellos momentos.
— ¿Qué opinas tú? --preguntó.
—Acabará en tragedia —vaticinó ella lúgubremente..
— Pero quizá puedan hacer algo - se oyó de pronto la voz de Wendy.
Cahil y Violeta se volvieron hacia la sirvienta, que aparecía en la puerta que comunicaba con el comedor tic la posada.
-Vayan por la entrada secreta -aconsejó Wendy—. Adelántense a esa pandilla de palurdos. No le tengo ninguna simpatía a Quelbs .. pero mi padre va con ellos y no me gustaría verlo metido en un compromiso.
— Sí, pero ¿qué podemos hacer, una vez allí? -preguntó i Violeta, completamente desconcertada.
Cahill tiró de su brazo.
— Ya encontraremos alguna solución -exclamó . ¡Vamos!

Ahora, de día se apreciaban mucho mejor los enormes destrozos causados por el devastador paso del gigante. Lo sorprendente era. pensó Cahill. que las casas se mantuvieran todavía en pie.
— Si vamos por el camino, nos verá mucho antes de llegar —alegó Violeta, cuando ya cruzaban la calle.
Cahill señaló hacia la salida del pueblo, donde ya había algunos hombres armados con palos y escopetas.

— Ellos sí irán por el camino y eso distraerá la atención de Quelbs. lo que nos permitirá alcanzar la entrada secreta sin ser vistos -- dijo.

Para llegar a Frankapton House era preciso marchar primeramente hacia el norte y luego al oeste, si se seguía el camino habitual. Según las indicaciones de Wendy. para llegar a la entrada secreta era preciso ir primero hacia el noroeste. torcer luego al norte y al hallarse a la altura de la casa y a unos trescientos metros, caminar rectamente al este, en sentido diatralmente opuesto al del camino. Los dos jóvenes. corriendo con la máxima velocidad posible, ocultos por la frondosidad del bosque, alcanzaron en menos de media hora las inmediaciones de la casa.

La loma caía allí casi bruscamente, en un talud bastante pronunciado, de unos quince metros de altura. Había abundancia de vegetación silvestre y era fácil ver que hacia mucho tiempo que nadie se había cuidado de aquella parte de la propiedad.

Desde el punto en que se hallaban, podían divisar la casa perfectamente. Cahill se situó justo frente a la segunda ventana de aquella fachada y avanzó, separando los ramajes con las manos. A los pocos momentos, vio un arco de manipostería empotrado en el talud.
— Ah. aquí está - dijo satisfecho'.

Los matorrales hacían invisibles el arco, que tenía evidentemente muchos años de antigüedad. Cahill llegó al umbral y encendió la linterna que había llevado consigo.
Desde allí, arrancaba a un túnel que no había sido usado en muchísimo tiempo. El abandono sallaba a la vista. Había matojos por todas partes y telas de araña en colgajos que pendían de la bóveda de cañón, en la que faltaban algunas piedras desprendidas, que yacían en el suelo. El ambiente ofrecía una deprimente sensación de abandono, debido al descuido y la suciedad que se apreciaban por todas partes.

De pronto, algo se movió, por el suelo. Violeta, asustada, lanzó un chillido.
— No es más que un ratón —dijo él severamente—. Repórtate. por favor: no anticipes nuestra presencia antes de lo necesario.
— Perdona. Ralph —rogó ella contritamente.
Avanzaron una veintena de metros, alumbrados por la linterna. De pronto, una recia puerta de madera les cerró el paso.
— Parece ser que no podemos seguir —elijo Violeta.
Cahill frunció el ceño. Había una cerradura, pero sin llave. l.as bisagras, de hierro forjado, aparecían completamente herrumbrosas. Rascó una tabla con la uña y encontró que las armaduras estaban casi podridas, pese a su buen aspecto exterior.

De pronto, tomó una decisión.
— Apártate. Violeta.

La muchacha obedeció. Cahill retrocedió un par de pasos y luego cargó con el hombro.
Se oyó un fuerte chasquido, la cerradura saltó, arrancada de unas maderas ya sin consistencia. Cahill empujó con ambas manos y la puerta giró, con grandes chirridos de las bisagras oxidadas.

—Si nos han oído... -murmuró Violeta, aprensiva.
Al otro lado, a tres pasos de la puerta, había unas espesas cortinas. Cahill continuó su avance, apartó las cortinas y se encontró en un vasto subterráneo, con techo abovedado', en el que contempló un espectáculo singular.

Había sólo una lámpara encendida, pero daba la luz suficiente para poder ver todo lo que había en aquel lugar. Divisaron mesas de trabajo, numerosas herramientas de precisión. una consola ele control y hasta un par de microscopios. En uno de los lados, sobre un soporte que parecía un taburete de asiento muy ancho, había un proyector cinematográfico.

Al fondo se divisaba la escalera que. sin duela, conducía a la planta baja ele la casa. Cahill se volvió, la pared en que se hallaba la puerta secreta estaba completamente cubierta por cortinajes, como si alguien hubiera cinericio dar sensación ele comodidad al subterráneo. Fin realidad, servían para ocultar la puerta secreta.
De pronto, oyó un grito.
— ¡Ralph, mira!
Cahill giró en redondo. Violeta, con mano convulsa, señalaba hacia un punto determinado. El Joven sintió un escalofrío.

Sentada en un sillón, había una mujer, ataviada con holgados ropajes blancos. Ambos la habían visto en fotografía solamente, pero la reconocieron en el acto.
— ¡Es Meg Masters! - exclamó ella.

— Al casarse, tomó el apellido Quelbs —rectificó Cahill. Violeta dio unos pasos y se acercó a la mujer. Cahill lanZó una exclamación:

¡No la toques! ¡Está embalsamada y podrías causarle algún daño
la muchacha retrocedió con presteza.
— Parece viva...

Quelbs debia de estar locamente enamorado de ella murmuró Cahill.

muy impresionado, pese a todo- Pero justifica eso sus crímenes?

Sobrevino un momento de silencio. Luego, ele pronto. Cahill volvió a reparar en el proyector cinematográfico. Hay una película a punto de proyección - dijo- . Podría resultar interesante verla. ,no crees? Violeta asintió.
-Sí. mucho —convino—. Anda, hazlo funcionar. Cahill se acercó al aparato, que estaba ya conectado. Bastó quee presionase en el interruptor, para que la película empezase a verse en la pantalla situada a cuatro metros de distancia

CAPITULO XI

Ben Sharphanc se acercó a Meg y le dijo algo. Meg sonrio. movió la cabeza y se marchó.
.. Otra escena apareció en la pantalla. Shaphane estaba muy inclinado hacia Meg. diciéndole algo que a ella parecía divertirle mucho. Una vez. Sharphane rozó el brazo desnudo de la joven, pero ella le rechazó de un manotazo.

En la siguiente secuencia, se vio a Sharphane intentar abrazar a Meg ella le dio una bofetada. Sharphane dijo algo que no se pudo entender, escupió a un lado y se marchó.

La proyección no había terminado todavía. Una vez más Sharphane se hizo visible. Ahora acosaba claramente a Meg. la imagen mostraba claramente el brillo lujurioso de los ojos del sujeto. Meg se resistía con todas sus fuerzas. En la lucha. el vestido de la joven se desgarró y el hermoso pecho quedó al descubierto.

Súbitamente, un tercer personaje apareció en la escena.

Quelbs se arrojó contra Sharphane y trató de golpearle. Sharphane esquivó el ataque. Quelbs insistió. Meg contemplaba la escena con ojos desorbitados, Era fácil ver que se trataba de una pelea a muerte. De pronto, el ingeniero descargó un golpe con todas sus fuerzas.

Sharphane esquivó otra vez Meg estaba demasiado cerca y recibió el puñetazo en pleno mentón. Cayó de espaldas. Detrás de ella, había una balaustrada de piedra. Su cráneo choco contra el borde, relativamente afilado, terminó de caer y desapareció de la pantalla.

La película se acábo. Cahill paró el proyector.

Sentíase terriblemente impresionado.
— Ahora va sabemos lo que sucedió —dijo.

Por lo menos, la mayor parte -- añadió Violeta, no menos conmovida que el joven.

Los ojos del joven se volvieron hacia la mujer que. sentada en el sillón de alto respaldo, parecía viva, a pesar de su inmovilidad.
— Mi tío se apasionó por ella —murmuró la muchacha-Pero Meg era fiel a su esposo y resistió las pretensiones de su enamorado.
- Sí. pero .por qué se filmó esta película

-Opino que Quelbs debía de sospechar algo Y quería pruebas contra mí tío —dijo Violeta.

—.Con qué objeto':
Fila movió la mano en semicírculo.
Franknpton House - contestó . Y la fortuna de mi tío.

-- Tenia lo que se dice un buen pasar.
- Pero Quelbs había cobrado más de cien mil libras de indemnización - alegó Cahill-. Tan pronto las dilapidó?

— Ralph, sólo conoceremos la verdad por completo cuando hayamos hablado con Quelbs.

Ahora sabemos que tiene aquí un laboratorio secreto, que ha estado experimentando durante todos estos años y que ha construido un robot, por medio del el ha cometido varios asesinatos.

Si debemos evitar una catástrofe, no podemos tampoco obstaculizar la acción de la justicia. Pero es necesario que él hable.
- Sí tienes razón. Quelbs deberá explicar muchas cosas...
- Les interesan a ustedes - sonó de pronto una voz un tanto chillona.
Cahill y Violeta, sorprendidos, se volvieron en el acto.
Parada a mitad de la escalera, se divisaba la delgada figura de Helen Prisby. el ama de llaves. Los ojos de la mujer les contemplaban con escasa simpatía.
Aquí son unos intrusos —dijo Helen- . Márchense in mediatamente o se lo comunicaré al señor Quelbs.

Cahill no tardó mucho en reaccionar.
— Me parece, señora Prisby, que el señor Quelbs no tiene motivos suficientes para echarnos de aquí, sino todo lo contrario. Somos nosotros quienes podemos expulsarlo, sobre todo. después de lo que hemos visto en la pantalla.
— Ah. han proyectado la película.
-Sí. señora, lo hemos visto todo —terció la muchacha. —Quelbs quería pruebas contra Sharphanc. no es así? — dijo Cahill.

De pronto. Helen pareció perder su arrogancia.
— Su tío. señorita, nos engañó miserablemente —declaró, a la vez que se sentaba en uno de los peldaños de la escalera—

Fingió amistad y afecto desinteresados, pero lo único que. quería era aprovecharse tanto de los trabajos del señor Quelbs. como conquistar a su esposa. —Alzó la cabeza de pronto—.

Sharphanc había intentado conquistar a Meg antes. incluso antes de que Quelbs la conociera, pero ella siempre le había rechazado. Cuando, al fin se conocieron, él fingió una amistad sincera, sin

contrapartida. Luego, cuando Quelbs tuvo dificultades con su compañía. Sharphanc siguió ayudándole y. después de la, boda, le hizo ofrecimiento de esta casa. Quelbs aceptó, sin haber sospechado todavía cuáles eran las verdaderas intenciones del que se llamaba su mejor amigo.

— Lo hemos visto en la película —dijo Cahill—. ¿Ocurrió así?
Helen asintió.
— La muerte de Meg fue instantánea. Se golpeó la nuca contra el borde de la balaustrada, en la terraza que hay arriba. y falleció en el acto.

—Quelbs filmaba sin ser visto, ¿para qué?

—Quería obtener pruebas de la traición de su amigo, para obligarle a marcharse de aquí. Pero cuando vio que Sharphanc estaba a punto de violentar a su esposa, no se pudo contener y...

Involuntariamente, fue él mismo quien la mató, ¿no es eso? — dijo Violeta.

— Sí —admitió Helen desmayadamente—. Para Quelbs fue un golpe horrible. Durante muchos días estuvo como loco. sin probar bocado, sin dormir... Aún no sé cómo pudo sobrevivir.
— A mí me extraña más que no matase a Sharphane en el acto — exclamó la muchacha.
— Estuvo a punto de hacerlo, pero hay algo que todavía ignoran. Quelbs está tan enamorado de sus trabajos, como lo estuvo de su mujer. Sin Sharphane. y aparte de que se hubiera sabido que era un asesinato, él no hubiese podido seguir aquí, y necesitaba este lugar para sus investigaciones, por lo tranquilo y aislado.
— Y. seguramente, además, necesitaba también el dinero de Sharphane. ya que él, supongo, debía de haber agotado el suyo —dijo Cahill—. Le pagaba la renta puntualmente, pero. al día siguiente, recuperaba el noventa y cinco por ciento.
—Era la inversión que Sharphane hacia en los experimentos del señor Quelbs —explicó Helen.
—Una forma muy particular de ver las cosas —comentó el joven—. Pero hay algo que también me extraña.
—¿Sí? --murmuró el ama de llaves.
— Usted misma. ¿Qué relación tiene con Quelbs. No digo que apruebe sus acciones, pero sí las apoya, al menos, encubriéndolas. ¿Por qué?

La mano de Helen se tendió hacia la inmóvil figura, sentada en el sillón.

— Era mi hija —declaró.

Violeta se puso una mano en la boca, para contener un grito de sorpresa. Cahill se estremeció.
— Los apellidos no coinciden —objetó.
—Uso el de soltera —explicó Helen — . Pero, en realidad, lo que están viendo no es...
El ama de llaves se interrumpió súbitamente. Un terrible estruendo se produjo en el interior de la casa y llegó hasta el sótano.
Sonaron gritos de furor. Un mueble estalló ruidosamente.
— ¡Ya han invadido la casa! —gritó Cahill. a la vez que se precipitaba hacia la escalera.

Helen quiso subir también, pero el joven la aparto enérgicamente
Yo iré delante ordenó.
Cuando llegó al amplió vestíbulo, lo vio invadido por una turba de hombres enfurecidos, muchos de los cuales portaban antorchas encendidas. Otros se dedicaban a romper cuanto encontraban a su paso.

El número le había envalentonado. Caliill vio a un hombre que. con una silla, se dedicaba a romper lodos los cristales de las ventanas. Otro, provisto ele un enorme garrote. golpeaba cuanto encontraba a su paso.
Alguien agarró un enorme jarrón y lo lanzó al suelo, rompiéndolo en mil pedazos. Cahill se enfureció y derribó al su jeto de un puñetazo.

Un hombre se le echó encima. le rechazó de un terrible puntapié en la ingle. Otro io apuntó con una escopeta, pero Carrón levantó los cañones del arma.
- ¡estúpido! —le apostrofó-. ¿Quieres ir a parar a presidio para el resto de tus dias? ¿No ves que es el abogado?
El hombre pareció calmarse. Arriba en el primer piso, sin embargo, se oían ruidos de cosas que eran destrozadas implacablemente.
Cahill lanzó un poderoso grito:

— ¡Escuchenme todos! ¡Escúchenme con atención! Paren inmediatamente, dejen de romper cosas en este edificio. La casa tiene dueña y no. quiere que le destrocen lo que es de su propiedad. ¡Alcalde McOwid. usted está aquí para que se haga justicia y no para dirigir una banda de bárbaros! Vaya arriba y ordene que se comporten como personas y no como bestias salvajes.

McOwid enrojeció, farfulló algunas disculpas y corrió hacia el piso superior. Billings adelantó un paso:

— ¡Buscamos a Quelbs! ¡Queremos darle su merecido! ¿Piensa impedirlo, abogado?
—Sí. con la fuerza si es necesario. Por grandes que sean los crímenes de ese hombre, nadie puede tomarse la justicia por su mano.
—Su maldito gigante ha matado ya a tres personas —vociferó otro—. ¿Hasta cuándo cree que vamos a tolerar el actual estado de cosas?
—Ni un minuto más, por supuesto —repuso Cahill—. La autoridad del alcalde le permitirá detener a Quelbs y entregarlo a la policía, pero nada más. La dueña de Frankapton House está aquí y podrá demandarles por destrucción de objetos y enseres de su propiedad. Vino para ayudarles, para conseguir que un día la propiedad pase a ser de todos ustedes. ¿Es así como piensan pagarle sus propósitos?

Algunos empezaron a murmurar palabras de excusas. Un puño se elevó en el aire.
— ¡Pero queremos a Quelbs! —gritó el sujeto.
— Lo que ese hombre hacía aquí ha tocado ya a su fin. Ahora es la justicia la que debe actuar.
— Bueno, pero ¿dónde está? —preguntó Billings. McThanna señaló la puerta del sótano, en cuyo umbral se hallaban las dos mujeres. —Allí. allí...
— Nosotros acabamos de estar en el subterráneo y no lo hemos visto —le interrumpió el joven.

La gente que estaba arriba empezó a bajar, empujados por el alcalde. McOwid se encaró CQn el joven.
—¿Y ahora, abogado?
—Quelbs ha debido de esconderse en alguna parte. Lo buscaremos, pero habrá que conservar el orden a toda costa.

No quiero más destrozos en los bienes de mi cliente. Haga salir a todos, menos unos cuantos de confianza... los qtte tengan menos alcohol en el cuerpo.
—Sí. de acuerdo.
Repentinamente, sonó un grito:
— ¡El gigante! ¡Está aquí!

Aquellas palabras provocaron un movimiento de pánico y la estampida se produjo en el acto. Apenas si dos o tres Hombres se quedaron en el vestíbulo. Carrón entre ellos

Cahill avanzó hacia el lugar de donde procedía la voz Atravesó un pequeño corredor Y quedó frente a lo que parecía un armario construido especialmente. Medía más de tres metros de altura por dos

de ancho Y otro tanto de fondo.

El gigante estaba allí, parado, inmóvil, sin dar el menor signo de Vida. Billmgs llegó con la escopeta y le apunto a la cabeza.
- Ahora mismo acabo con...
-¡No sea idiota, hombre! - exclamó Cahill de mal talante--. ¡Es un muñeco! Hillings bajó el arma. — ,Un... muñeco? — repitió.
- Un robot, si lo prefiere. --Cahill se acercó al gigante y golpeo su cintura con los nudillos-, ¿Se convence ahora ?

- Es horrible - murmuró el alcalde-. Un muñeco mecánico. pero ¿como se manejaba
-Seguramente, por ondas de radio. Control a distancia para que lo entiendan.

Era inútil, pensó Cahill. hablarles de órdenes impartidas de viva voz y que captaban determinados circuitos diseñados especialmente. Aquella explicación era la más fácil y comprensible.

- El robot se quedará aquí —decidió-. La señorita Dunbar hará venir expertos, que se ocuparán de examinarlo y tomar las decisiones convenientes.
- Pero... se puede poner en marcha... —apuntó MeOwid aprensivamente.
- Si Quelbs ha huido, como parece lo más probable no querrá poner en funcíonamiento una máquina a la que no puede controlara su gusto.
- Lo cual significa que todos los crímenes fueron cometidos por el robot, pero bajo órdenes de Quelbs -dijo Carrón

Cahill asintió. Sí. desgraciadamente, era cierto.

- Está bien - decidió McOwid—. Nos vamos pero tiste des quedaran al cuidado de la casa. Ahora daremos una batida por los campos, para ver si encontramos a ese miserable...
— Deténganlo, pero no le causen ningún daño o se verían en un serio compromiso. Alcalde, si hubiese un linchamiento. dudo mucho que el Ministerio de Agricultura quisiera hacer un préstamo a gentes nada respetuosas de la Ley. Habíales asi a sus convecinos y pídales que moderen su ira. O va pueden ir despidiéndose de Frankapton House para siempre.

Era la mejor forma de contener a aquellas personas, todavía encolerizadas por la muerte de Lmma Burke. MeOwid asintió.
— Descuide, abogado: nadie se extralimitará —aseguró. Poco a poco, la casa empezó a vaciarse de gente. Cahill

quedó en el mismo sitio unos segundos, profundamente pensativo.

Tenía la sensación de que Quelbs estaba escondido en alguna parte, pero no se le ocurrió ninguna idea al respecto. Quelbs aguardaría a que todo hubiese quedado tranquilo, para salir y. sabiéndose ya perdido, emprender la htúda.

De pronto, notó la sensación de que unos ojos estaban fijos en su nuca. Volvió la cabeza, pero no había nadie.
Sólo el robot, Y sus ojos artificiales estaban muertos, sin brillo.

CAPITULO XII

El silencio había vuelto a la casa; salvo en el primer piso en donde Helen arreglaba como mejor podía los desperfectos causados por los invasores. Repentinamente, se oyó un ligero

La parte posterior del cuerpo del robot se abrió. Asomó primero un brazo, una cabeza a continuación, el otro brazo y. finalmente el cuerpo y las dos piernas. Quelbs exhaló un suspiro de alivio al verse fuera del gigante mecánico.

Violeta estaba con los nervios tensos como cuerdas de vio-lm. Cahill apretó su brazo,.a fin de darle ánimos. Prudentemente ocultos, habían esperado largo rato, hasta que vieron salir a Qudbs de aquel original escondite.
—Te has portado bien -dijo Qudbs. a la vez quedaba una palmada en el «estómago» del gigante—. Lástima que tenga que abandonarte...
—¿Abandonará también el cuerpo embalsamado que hay en el subterráneo?

Quebs oyó la voz del joven y se revolvió, a su vez que exhalaba un rugido de rabia.
—¡Usted! —exclamó.
—Con la dueña de Frankapton House —contestó Cahill a la vez que tiraba de la mano de Violeta-, Ahora, señor Quelbs ya no le valdrán sus argumentos mas o menos jurídicos. Ha cometido vanos asesinatos y tiene que pagarlo
—Tenía que hacerlo... —se defendió el ingeniero.
—Ah, ¿lo consideraba como una obligación?
-No podía permitir que me echaran de aquí... Son demasiados años de investigaciones, de trabajar, quemándome Ias pestañas día y noche. Y no he terminado todavía, aunque la tarea está casi, concluida...
— ¿Se refiere a investigaciones sobre robots que actúen casi como seres humanos?

Quelbs asintió.
— Trifor es el mejor ejemplo, ¿no le parece?
—Trifor.. ¿Que significa eso —se extrañó la muchacha.
— Es una contracción de three-four. Tres-cuatro, la serie cibernética de mi robot.
— Con el cual habla y le hace cumplir sus órdenes. —Sí. aunque, desgraciadamente, a veces se desmanda... Cahill adivinó la verdad.
— Usted lo envió a asesinar a Emma, porque quería plantarle una demanda judicial, pero luego perdió el control de Trifor y éste fue al pueblo y empezó a destrozar todo lo que se ponía a su alcance.
—Si —admitió Quelbs- . No se puede negar la evidencia.
— Pero ¿qué objeto tenía el robot? —se extrañó Violeta—. ¿Lo construyó solamente para asustar a unos crédulos aldeanos. que pensaron en la «resurrección» de un gigante de leyenda?

— En parte, así fue. Pero los circuitos de Trifor son. necesariamente. más grandes que si tuviese un tamaño semejante al nuestro Cada vez que construyo un circuito, lo experimento a fondo. Así puedo reducirlo después y evitar fallos.
—Cualquiera diría que quiere fabricar robos con el aspecto de personas corrientes —dijo Violeta, un tanto escéptica.

Quebs nos contestó. Cahill apreció cierta súbita tensión en sus facciones.
— Hemos visto la película —dijo.
— Entonces, ya saben lo que pasó —murmuró el ingeniero.
—Sí. Lo sentimos muchísimo. Pero ese desgraciado accidente no justifica en modo alguno los crímenes que ha cometido.
Sobrevino un momento de silencio. Inesperadamente, Quebs se precipitó contra el joven y lo derribó de un fortísimo empellón con ambas manos.

Violeta gritó, asustada. Pero Quelbs no repitió su ataque era lo que temía; en lugar de ello, giró sobre sus talones y huyo a la carrera.
Cahill se incorporó, sumamente enojado.
- Me ha pillado por sorpresa... En alguna parte, sonó un portazo.
— Ralph, el sótano —exclamó la muchacha.
Cahill se precipitó hacia el vestíbulo. Cuando vio la recia puerta cerrada, no pudo contener una exclamación de rabia
Trato de forzarla. Aquellas maderas, se dijo, no estaban podridas como las de la entrada secreta.
De pronto, sonó la voz de Helen.
-Tome, tengo otra llave -dijo la mujer. Cahill la miró penetrantemente.
—¿Por qué quiere ayudamos, señora Prisby?
-Es hora ya de acabar -respondió Helen sombríamente

Sospecho que a usted no le gusta ver a su hija embalsamada. fuera de su tumba, ¿no es así?
-Abra -indicó el ama de llaves-. Pronto tendrá la respuesta.
Cahill asintió. Insertó la llave, la hizo girar, empinó la puerta a inició el descenso.
A mitad de la escalera, se detuvo, sorprendido a la vez que horrorizado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Quelbs estaba inclinado sobre la figura sentada en el sillón y la hablaba apasionadamente, ajeno por completo a cuanto sucedía a su alrededor:
-Óyeme, querida... Vamos a irnos de aquí; va no podemos continuar en esta casa un minuto más... Pero encontraremos otro lugar donde nadie nos moleste, donde nadie tur-byiuestro amor... -Me has oído? Habíame, habíame, amor
Violeta se sentía espantada. Ahora ya no le cabía la me-
nor duda de que Quelbs estaba completamente loco, poseído por el enfermizo amor a la mujer que había muerto cinco años antes. Sólo ello, se dijo, podía explicar su morbosa actitud hacia la figura que tenía frente a sí.
— Habíame, hablame... —insistió-. Vendrás conmigo. ¿verdad
Dime que sí. querida...
Entonces. con los pelos literalmente de punta, Cahill y Violeta oyeron la respuesta de la difunta:
—.Si. iré contigo, Homer.
Quelbs lanzó un alarido de júbilo.
-Has hablado... ;Por fin. lo he conseguido! Hablas, hablas. Meg. mi vida... Oh. qué feliz me haces...
Tiró de sus manos suavemente y la hizo ponerse en pie.
— Dime que me amas más que nunca —solicitó ardiente mente- . Dime que soy yo el único hombre en tu vida. Meg. amor mío...
—Si. te quiero, Homer. Te amo con toda mi alm... ... (IEsssch...

La voz de Meg se transformó repentinamente en una ininteligible serie de chasquidos, gruñidos y silbidos que no tenían nada de humano Y entonces, Cahill y Violeta compren dieron la verdad.
Aquella figura no era la de Meg embalsamada.
¡Era un robot ¡
Quelbs. enloquecido por completo, ajeno a todo, había abrazado a la máquina con figura humana.
-;Meg. Meg! -gritó-. ¿Qué te pasa? ¿Por qué hablas de una forma tan rara?
El robot ya no contestó. Sus brazos se habían elevado lentamente y rodeaban el cuello de Quelbs. El hombre no pareció dar demasiada importancia al hecho.

—Querida, dime algo, habla, habla... —sollozó.
Violeta se notó la lengua pegada al paladar. Cahill tenía las manos crispadas.
los brazos del robot se cerraron en el cuello de Quelbs. Y confinaron su movimiento de cierre.
Cahill notó que algo no iba bien. De pronto. Quelbs sufrió un fuerte estremecimiento.
— Meg. no aprietes tanto... Me haces daño... ¡Meg!

Los brazos se cerraron inexorablemente en torno al cuello del ingeniero. Quelbs empezó a debatirse con luna por el instintivo sentimiento de conservación. Agarró con ambas manos los brazos del robot, pero sus esfuerzos resultaron mutiles.

Cahill se dio cuenta de que algo se había estropeado en los delicados mecanismos de la máquina. Ahora, Quelbs chillaba espeluznantcmente. forcejeando en vano para librarse de a agobiante presión de las brazos, cerrados en torno a su cuello como un lazo.
— Haz algo. Ralph - gritó Violeta.
El joven saltó hacia adelante. en el mismo instante se oyo un seco chasquido.
Quebs se convulsionó horriblemente. Sus ojos quedaron en blanco durante unos instantes, mientras su boca se torcía en una grotesca mueca. Las rodillas se le doblaron y empezó a caer. -

Lentamente, se inclinó hacia atrás. El robot cavó sobre él sin romper el mortal abrazo. El pie izquierdo de Quelbs agito unas cuantas veces. luego cesaron todos sus movimientos
De pronto, el robot empezó a despedir columnitas de humo. Rehaciéndose. Cahill salto hacia adelante No tuvo que hacer apenas esfuerzos para soltar los brazos del robot Pero Quelbs ya no se movía.
— Tiene roto el cuello —dijo.
Violeta apartó la vista, ,y mitad de la escalera. Ilelm contemplaba innasible la escena.
— Ahora lo comprendo, ¿verdad? - dijo.

Cahill asintió. Quelbs había muerto sin acabar de perfeccionar su obra. Algo había fallado en el robot, con el que había querido sustituir a la muerta amada.

En cierto modo, pensó, era una justicia poética por las otras muertes, cometidas por su vesánica ansia de continuar en Frankapton House a cualquier precio. Había empleado un robot para matar y otro le había matado a él.

— Pero habrá muerto, pensando que la muerta le mataba
-dijo, con la vista fija en el pálido rostro de Violeta
Luego miró al ama de Llaves.
—¿Dónde, realmente, está Meg? — preguntó.
—En el suelo del túnel -respondió el ama de Llaves lacónicamente.

Cahill lanzó una mirada a las dos figuras que yacían inmóviles en el suelo.
—Creo que debemos irnos —murmuró—. Lo que sigue a continuación es asunto de la policía.

En cierto modo. Helen también tenía su parte de culpa por desear ver a su hija revivir de nuevo, aunque fuese con un cuerpo mecánico. Pero la autodestrucción del robot había disipado sus ultimas ilusiones. No, no mencionaría nada de ello a los policías que no tardarían mucho en licuar.

Wendy estaba en la puerta y le guiñó un ojo. cuando acomodaba su equipaje en el coche

Le he puesto en la maleta una botella de aguardiente de papa Millgate —dijo.
— Es muy bueno — elogió él.
— Yo lo Llamaría mejor elixir de amor.
Cahill contuvo una sonrisa. Wendv movió la cabeza hacia el interior de la posada.
— Funcionará con Carrón —dijo.

El joven asintió. Sí. Wendy conseguiría sus propósitos Dunkapton prosperaría. La posada v te taberna volverían a ser un magnífico negocio.
Violeta salió y dio la mano a la sirvienta. I.iieeo se sentó en el coche. Cahill estaba ya tras el volante.
Carrón y McOwid aparecieron en la puerta.
— Pronto tendrán noticias nuestras. Favorables por supuesto —dijo el joven.
Violeta agitó la mano. El coche se puso en movimiento. EEla suspiró.
-- Ralph, me parece que todo el asunto de la venta y demás. va a consumir algún tiempo.

No será cuestión de un día. en electo. - El país me gusta - dijo Violeta.
— ¿Significa eso que tienes intenciones de quedarte?
— Bueno, un día volveré a Boston para dejar a mí madre bien situada... A fin de cuentas, ella es la heredera.
— ¿Te gustaría trabajar en mi despacho'? —propuso él. Violeta ocultó

una sonrisa.
— Si el salario es aceptable...
— A partir de ahora tendré mucho trabajo. Necesitaré una colaboradora eficiente, con experiencia en asuntos legales.
— Tengo buenas referencias. Ralph.
¿Dicen esas referencias algo sobre el futuro de una muchacha soltera ?
Eso lo puede decir eEla misma. Pero se necesita algo. ¿Sí. Vióleta

— El hombre debe preguntarlo persolmente.
Oh... Creo que no hará falta. Tus referencias como persona no pueden ser mejores. A mi ya me conoces, de modo que la pregunta que debo hacer es: ¿Quieres casarte conmigo? Violeta contempló un instante los campos verdeantes, bajo el sol luminoso. El terror y la muerte estaban ya muy lejos. Ahora Elegaba el futuro de dicha. Sí. quiero ser tu mujer -- contestó.

FIN